

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1870. — TOMO XXXV.

EDITORES-PROPIETARIOS: X. DE LASSALLE y MÉLAN.

AÑO 29. — N° 909.

Administración general, passage Saulnier, número 4, en París.

SUMARIO.

El duque de Grammont; grabado. — **Fiesta literaria en Madrid**. — **Los nuevos ministros franceses**; grabados. — **Exposición de 1870 en el palacio de la Industria**; grabados. — **Revista de París**. — **Poesía: A Cintia**. — **La presentación del plebiscito**; grabado. — **El Doctor Témis**, novela original escrita por don José María Angel Gaitan. — **La velada en la aldea**, cuento alemán; grabados. — **Literatura dramática: «El Agente secreto»**. — **Problemas de ajedrez**; grabado. — **Los paseos de París**; grabados.

Hasta ahora no ha podido hacer gran cosa; no ha tenido tiempo mas que para ser cortés, y ha enviado su tarjeta á todos sus empleados superiores.

Una particularidad: el nuevo ministro es un políglota de los mas notables: habla tantas lenguas como hay Estados en Europa, y todas ellas con igual facilidad.

Es una gramática universal y cosmopolita, y nada será mas galante que oírle conversar con cada embajador en su idioma nacional.

Otro detalle: dicese que el duque de Grammont es el hombre mas fuerte de Francia.

A la elegancia de su tío, el conde de Orsay, reúne la

fuerza hercúlea del mariscal de Sajonia. No tuerce una herradura, pero sí un peso duro, lo que es no menos fuerte y mucho mas moderno. J. C.

Fiesta literaria en Madrid.

(Conclusion.)

No los he de referir yo ciertamente, porque la ocasion no me lo permite: el análisis de uno solo de estos poemas excediera el tiempo que me resta, y que vosotros ya con sobrada generosidad me otorgais.

¿Pero cómo prescindir del empeño que he contraído? ¿Cómo, si ya os he mostrado la religion y el valor del *Hombre de Estado*, no os he de manifestar ahora la generosidad y el amor del poeta?

Rioja, el cantor dulcísimo de la rosa y de la arbolera, habia llegado por su admirable talento á ganar el puesto de secretario del conde-duque de Olivares, privado del rey, y por su corazon mas bello aun que su talento, habia inspirado á la tierna Isabel, sobrina del poderoso ministro, una pasión de quien ella misma dice:

Amor que forma infinito
El alma grande de dos,
Que ya la mano de Dios
En los cielos tiene escrito.

Pero Rioja antes que hombre público habia nacido hidalgo; antes que amante era hijo, y debia la vida y la honra de su padre á dos caballeros de la casa de Mendoza: se ve por las circunstancias que forman el drama obligado á ceder al uno el alto puesto por él tan merecido, y al otro la dama de quien era tiernamente amado.

No hay, sin embargo, razon para admirarse de esto, pues que Rioja no considera, á ejemplo de un dramático moderno francés, la popularidad, el poder y el empleo como otros tantos *efectos públicos* sujetos á cotización y á corretaje. Bien claro lo dice:

No es este afán de opulencia.
De tantos males fecundo,
Quien me mueve á dar al mundo
Señales de mi existencia.

Mis pensamientos aspiran
Á otro fin; por otros modos
Hombre soy; los hombres todos
Respeto y amor me inspiran.

El duque de Grammont,

MINISTRO DE NEGOCIOS EXTRANJEROS
DE FRANCIA.

Cincuenta años, las maneras de un gentilhombre y el aire de un mosquetero. Su hermosa cabellera comienza á encanecer: ¡ha tenido tantos enojos en Roma!

Es alto, delgado y elegante. Ningun embajador ha representado mejor que él en el extranjero el tono francés y las modas de París.

Un rostro ovalado y un cutis aristocráticamente mate: una mirada profunda, suave, escudriñadora; una boca que se sonríe con discreción y ojos que reflexionan, casi siempre bajos; por último, unas manos irreprochables y un pié de mandarin que escrupulosamente se hace calzar en Lorena.

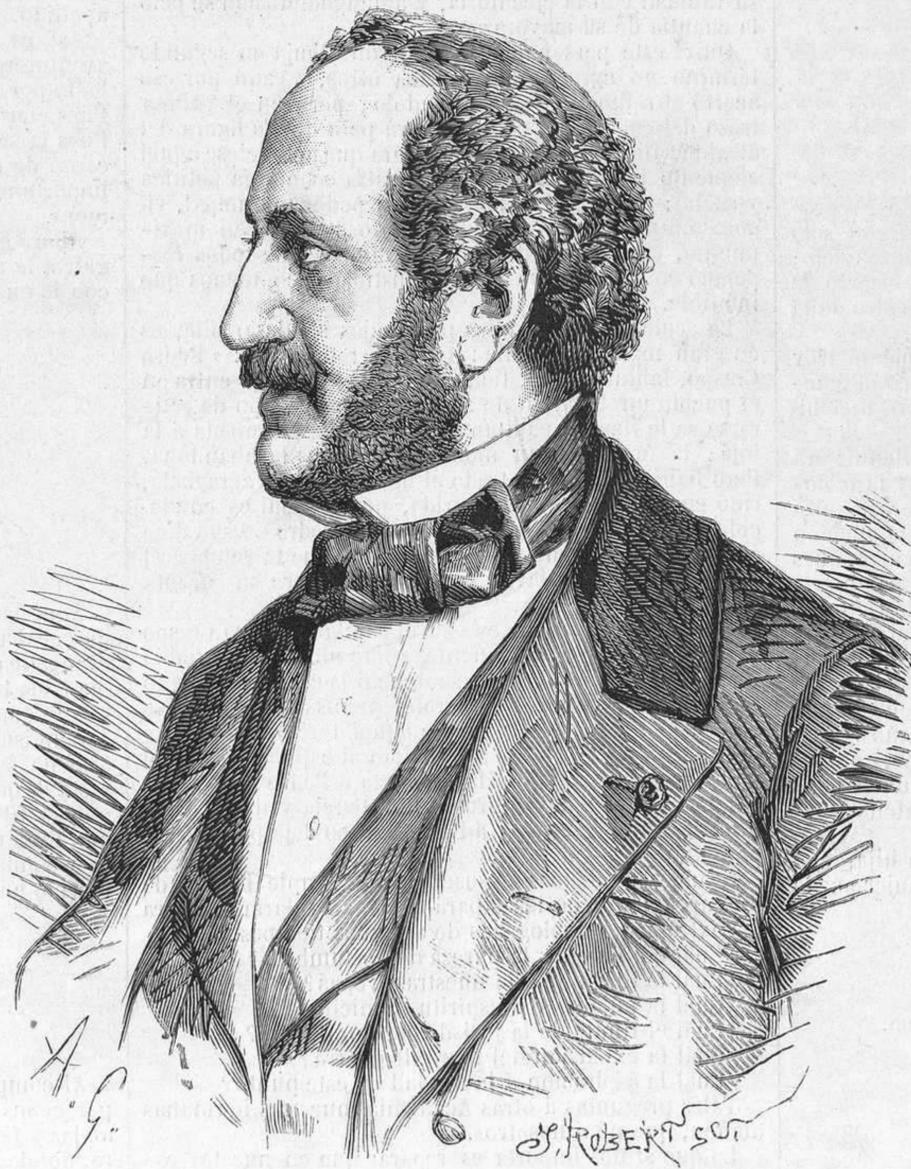
En cuanto á talento, M. de Grammont debe tener mucho, pues su carrera ha sido rápida. Su palabra es muy diplomática: lenta y comedida. Diríase que no da ninguna importancia á lo que habla.

Es la gracia francesa reunida á no sé qué distinción británica, hasta ese grado en que se confunden el gentilhombre y el gentleman.

El duque de Grammont nació en París en 1819. Su casa reunió tres ducados célebres: Guiche, Lesparre y Grammont. Es príncipe de Bidame y antiguo alumno de la Escuela politécnica, lo cual no parece armonizarse.

Pero dió su dimisión de oficial, y entró en la carrera diplomática en 1854.

Después de haber sido ministro sucesivamente en Cassel y en Stuttgart, en Turin, en Roma y en Viena, el duque de Grammont acaba de entrar en el ministerio de Negocios extranjeros.



EL DUQUE DE GRAMMONT, ministro de Negocios extranjeros de Francia.

Y anhelo ansioso que aclame,
De gloria lleno, mi nombre
La fama, para que el hombre
Tambien me respete y ame.

De esta manera me exhorta
El genio á quien me abandono;
Los méritos ambiciono,
Que el premio poco me importa.

Para el alma que apetece
Respeto solo y amor,
¿Dónde hay un premio mayor
Que saber que lo merece?

Ni el amor en concepto del poeta y del personaje español, es esa pasión mezquina y vana que un realismo fotográfico nos retrata, y que necesita estar vestida por Worth y peinada por Félix; que depende hasta de que una puerta esté abierta ó cerrada. Ama Rioja ausente, porque ama para obrar su virtud, no para destruir la ajena.

Y es tan pura esta pasión
Que al bien constante me exhorta,
Que cuando el alma se muestra
Mas noble y mas generosa,
Juzgo que está, donde quiera,
Mas cerca del bien que adora.

¿Cabe, señores, generosidad mas liberal, amor mas puro, abnegación mas desinteresada?

Pero acompañemos al señor Ayala en la última etapa (como ahora se dice), de sus progresos dramáticos. Ya le habeis visto primero escrupuloso y fiel en sus copias; ya le acabais de contemplar acertado en sus libres imitaciones: ahora, en fin, le estudiaremos en aquel último grado de asimilación en las ideas, de identificación en los pensamientos, de purificación y armonía con su modelo que, si habláramos en lenguaje místico, podríamos llamar *unión perfecta*.

Semejante estado intelectual tiene en el señor Ayala dos manifestaciones patentes.

1ª La de refundir dramas de Calderon, á manera de hábil restaurador de cuadros; es decir, sin dañar al original, y dejándolos como el autor lo habria hecho si hubiese alcanzado nuestro teatro.

Y 2ª Fantasear los cuadros de la edad presente con la viveza de expresión, animado movimiento y brillantez de colorido que el gran poeta hubiera usado, á retratar las clases y costumbres de nuestra sociedad.

Si Velazquez, contemporáneo de Calderon, viviera hoy, cierto que modificaria sus cuadros. ¿Dónde habia de hallar tornos de mano para sus fábricas de tapices y mosquetes para sus campos de batalla?

Goya, el gran pintor español moderno, tomó de Velazquez la energía del claro-oscuro, la magia del color, sobre todo, el toque franco y vigoroso; pero no retrató á los personajes de su época

En traje que un tiempo
Fué muy señorial,
Y agora le viste
Solo un alguacil.

Como el antiguo pintó bufones y borrachos, reprodujo el moderno majos y chisperos; anduvieron solo de acuerdo en eternizar la pura luz de nuestro cielo; el donaire de nuestras hermosas, el heroísmo bizarro de los hijos de España: por eso nos dejaron el cuadro de la toma de Breda y las escenas del Dos de Mayo.

Así Calderon. ¿Pensais que si viviera el ejemplar y modesto sacerdote habia de gastar la larga y rizada melena de nuestros pollos (como ahora se llaman), ó el bigote y la pera de nuestros militares?

Y lo que con su porte aconteceria con su talento: era teólogo y controversista; pero no llevaria hoy la teología y la controversia al teatro, si no á los libros, quizá como nuestro Balmes; era vehemente en su imaginación y poético en su lenguaje; pero no llevaria los arranques de su inventiva á los encarecimientos de su galantería al púlpito, sino al teatro, como nuestro Nicasio Gallego. El corazón humano siempre es el mismo; pero á cada tiempo sus costumbres, como á cada clase y estado sus condiciones propias.

Si Calderon hubiese destinado á nuestra escena de hoy su magnífico drama *el Alcalde de Zalamea*, no lo habria salpicado con los acostumbrados chistes y la eterna hambre del criado Nuño, ni quizá tampoco hubiera dejado tan valdío el carácter del hidalgo don Mendo, extrañado enteramente á la acción.

Menos aun hubiera puesto en boca de una hija, que refiere á su padre el mayor ultraje que una mujer puede recibir, estas amaneradas razones:

¿Qué ruegos, qué sentimientos,
Ya de humilde, ya de activa,
No le dije! (Al forzador.) Pero en vano,
Pues (calle aquí la voz mía),
Soberbio (enmudezca el llanto),
Atrevido (el pecho gima),
Descortés (lloren los ojos),
Fiero (ensordezca la envidia),

Tirano (falté el aliento),
Osado (luto me vista),
Y si lo que la voz yerra
Tal vez con la acción se explica,
De vergüenza cubro el rostro,
De empacho lloro ofendida,
De rabia tuerzo las manos,
El pecho rompo de ira.
Entiende tú las acciones,
Que no hay voces que lo digan.

No se crea que yo censuro por esto á Calderon. El público de su época tenia, no solo costumbre, sino ansia de esas á manera de cabatinas de la declamación, que hoy nos parecen de mal gusto, aunque aceptamos todavía las sentenciosas décimas, las agudas quintillas y el artificioso romance esdrújulo, no menos convencionales que las relaciones que Calderon llamaba por burla *carretillas*.

En cuanto á la figura del hidalgo don Mendo, completa el magnífico cuadro del autor antiguo. En él ocupa el primer término la familia de Pedro Crespo; su inocente hija, cuyo pecho aun no ha sentido el primer latido de amor; su hijo, sumiso y valiente, á la par que afanoso por ennoblecerse en el camino de la milicia, Crespo, sobre todo, tipo acabado del labrador castellano; fuerte, pero modesto; paciente, pero denodado; rico con su economía, y generoso de sus riquezas; celoso de su honor, pero no ambicioso de honores; personificación, en fin, de aquel estado llano cuyo poder habian sembrado en la política de España san Fernando, doña María de Molina y los Reyes Católicos; y cuya influencia, adormecida (como la germinación del trigo bajo los hielos) durante la dinastía austriaca, habia de desarrollarse en la siguiente y de producir hombres de Estado, no como el marqués de Siete Iglesias, sino como el de la Ensenada; no como Antonio Perez, sino como Jovelanos.

A otro lado de esta magistral figura de Crespo, aparece el general don Lope de Figueroa, reflejo sublime de aquellos guerreros como Alarcon y Leiva, que bajo la aspereza militar cubrian un corazón tierno y nobilísimo, una cortesía exquisita y una galantería caballerosa; bien así como las joyas delicadas y ricas se guardaban en el arca de toseo hierro hecho á martillo.

Contraste suyo es el capitán don Alvaro de Ataide; uno de tantos campeones de Italia y Flandes, que acudían á nuestras expediciones mas por la licencia que por la gloria, que llevaban consigo; y con él, en el drama como en la guerra, militaban compañías tantas veces victoriosas y tantas sublevadas, así dispuestas á conquistar provincias extrañas, como á entrar á saco nuestros pueblos, y que, en efecto, en el acto tercero mismo contramarchan y se meten por el lugar sin ser llamadas.

Pues bien, así como don Lope y don Alvaro se contraponen y explican, así el viejo labrador del estado llano, Pedro Crespo, habia menester el complemento y contraste de esotro hidalgo vano y ocioso; halagando su vanidad con la ejecutoria, y amenguando con su ocio la cuantía de su mayorazgo.

Quizá este personaje que Calderon dibuja en segundo término no agrupa bien con los otros, y aun por eso acertó el refundidor suprimiéndolo; pero en el primer trozo del cuadro era necesario, ya para que la figura del alcalde saliese por lo claro, ya para que apareciese aquel elemento importantísimo de nuestra economía política y social; la cual tenia por base un poder municipal, vigoroso á punto de resistir á ejércitos puestos en movimiento, y por coronamiento, un monarca de todos respetado como ley viva y como justicia poco menos que infalible.

La acción que con tales personajes se desarrolla, es en gran manera sencilla: Lista la refiere así: « Pedro Crespo, labrador rico, tiene un hijo y una hija: entra en el pueblo un batallón de soldados, y al tiempo de retirarse se le lleva el capitán de una compañía robada á la hija; la fuerza en un monte, y despues la abandona. Pero habiéndole encontrado el hermano de la agraviada, riñó con él y le dió una herida, por lo cual es conducido el capitán al pueblo para curarle. Pedro Crespo dice al capitán, que tome todos sus bienes, que le venda á él y á su hijo por esclavos, con tal que repare su afrenta casándose con su hija.

» No quiso consentir en esto el capitán; Pedro Crespo le puso preso inmediatamente, como alcalde que habia sido nombrado á la sazón, sentenció la causa y condenó al culpable á muerte de garrote, precisamente cuando don Lope de Figueroa, jefe de aquel tercio, quiere poner fuego al lugar, si no le entregan al capitán. En aquel momento llega Felipe II, pregunta á Pedro Crespo, se entera del crimen, confirma la sentencia y dice: *Bien dada la muerte está*, y á Pedro Crespo deja por alcalde perpétuo del lugar. »

Grandes problemas se suscitan á la simple lectura de este argumento, curiosos para todos, singularmente para los extremados apologistas de antiguos tiempos.

¿Cuál era en ellos la pureza de costumbres?
¿Cuál la disciplina de nuestras tropas?
¿Cuál la pujanza del espíritu municipal?
¿Cuál el límite de la jurisdicción ordinaria?
¿Cuál la extensión del fuero de guerra?
¿Cuál la aspiración á la unidad en este punto?
Tales preguntas á otras Academias nuestras hermanas atañen, que no á nosotros.

Lo que sí nos importa es reparar que en nuestra escena se consentían situaciones como la de la infeliz hija

de Crespo, que hoy no ha podido Victor Hugo mismo hacer aceptables en el mas libre de los teatros franceses; situaciones tales que las encantadoras melodías de Verdi nos hacen con dificultad tolerar en *Rigoletto*: y tambien que la jurisdicción escénica era tan absoluta que se sacaba al teatro al mismo Felipe II, es decir, al abuelo del monarca reinante.

Por donde se ve claramente que á pesar del adagio *allá van leyes do quieren reyes*, en el teatro, los reyes mismos van ó vienen segun la ley del uso, cuya dictadura, siempre vigente, es mas poderosa que su realza.

Reina es tambien, y en verdad la mas grande, la mas noble, la mas magnánima de cuantas han ilustrado un trono, Isabel la Católica, en fin, la que Calderon saca á la escena para castigar el desalmado libertinaje de Gomez Arias, *que en vicios solo su vivir emplea*, y por cierto que lo manda degollar sin formación de proceso y á pesar del perdón de la parte ofendida.

Yo no dudo que se ejecutase la sentencia; pero juzgo que anda todavía por el mundo como el *Judio errante* un hijo de Gomez Arias, á él muy parecido, llamado don Juan. Lo cierto es que en el siglo XVII Tirso de Molina lo encontró aun en Andalucía, habiéndose granjeado el renombre de el *Burlador de Sevilla*, en cuyas iglesias hacia estupendos desacatos. A la puerta asimismo de la de San Jorge, que hoy no existe en Madrid, lo vió Calderon siguiendo á una Leonor y seguido por una Marcela: llamábase á la sazón don Juan de Mendoza; pero no cabe duda de que era el Burlador mismo, pues decia de sí propio:

Que no hay mujer que me deba
Cuidado de cuatro dias:
Porque, burlándome de ellas,
La que á mí me dura mas,
Es la que menos me cuesta.

Luego á principios del siglo XVIII lo retrató de cuerpo entero Zamora, y escribió al pie *don Juan Tenorio*. Con este nombre ha recorrido toda Europa, y lo han conocido en Francia Corneille y Moliere; en Italia Goldoni; en Alemania le vió bailar Gluck y le oyó cantar Mozart; en Inglaterra le halló Sandwell, y no sé si Byron, siempre rondando iglesias, seduciendo mujeres y burlándose de padres y maridos.

No hace mucho que el señor Ayala le encontró en la parroquia de San Sebastian con el nombre de don Juan de Albarado, y se dijo para sí como la Reina Católica:

Es urgente un escarmiento
Que subordine y contenga
A estos padres del ardid,
Perseguidores de oficio,
Propagandistas del vicio
Y zánganos de Madrid.

Pero como inferireis de estos versos, el libertino, si bien ha conservado su índole, ha mudado de costumbres; como ha guardado el nombre y ha cambiado de apellido.

Así es que cuando le retrató Calderon, era militar aventurero, daba músicas en las calles, y andaba á caballo por trochas y barrancos. ¿Le incomoda un rival? Pues cierra con él á cuchilladas. ¿Le agrada una niña? Pues la seduce. ¿Ofrece resistencia? Pues la roba. ¿Se cansa de ella? Pues la deja en el monte. ¿Insiste con importunos ruegos? Pues buen remedio, la vende á un moro.

Ahora el burlador vive muy de otra manera: para seguir á la mujer del prójimo, *hace plaza de la iglesia*, con lo cual el marido alarmado, dice:

Cuando sorprendo el afán
Con qué la mira, el bribón
Finge estar en oración
Mirando á san Sebastian.
Pero á través de su encanto
Contemplativo, yo noto
Que es mas ardiente devoto
De mi mujer que del santo.

Aquí halla el señor Ayala la respuesta á una pregunta que acaba de hacer: en efecto, no tenemos mas caridad evangélica que nuestros padres y algo profanamos tambien los lugares sagrados, aunque no tan escandalosamente como Eusebio en la *Dovocion de la Cruz*.

Asimismo el seductor de ogaño, en vez de cultivar el arte de las bandurrias y el empleo de las rondas, se jaeta de poeta no vulgar, y da á la estampa un librito que se titula *Suspiros*. Tampoco provoca duelos, sino que finje cartas. Y al cabo, mas que en agrestes montes se esconde en un prosaico armario, en donde puede el marido encerrarlo y decir con sorna:

Yo me acuesto... Si hay ruido,
Mando el armario quemar.
Abur... No siempre ha de estar
En ridículo el marido.

Al comparar el libertino de Calderon y el de Ayala, parécenos que el primero era como el lobo hambriento, audaz y temerario que diezma los rebaños de la Alpujarra, donde pasa la escena; el segundo se asemeja á la alimaña golosa, cobarde y astuta que socaba nuestras vi-

viendas, inquieta nuestro sueño, y merma ó destruye el guardado manjar en que ponemos nuestro gozo y las delicias de nuestros hijos.

Aprestad contra el primer enemigo público el fuego y el hierro: el fuego del infierno como para *Eusebio*, y el hierro del verdugo como para *Gomez Arias*. Para el segundo enemigo hay remedios mas caseros. Ni se ha revocado nunca ni he de contradecir yo el fallo dirigido por Calderon á uno que llevaba mi propio apellido.

Quien venga su honor, no ofende.

Por lo demás, no es extraño que mas cauto el poeta contemporáneo se contente con limpiar la casa, sembrando en ella el arsénico del escarnio, arrojando de su hogar y aun de la sociedad decente, cubierto de ridículo y de ignominia, al cínico perseguidor de la mujer honrada, del cual ella misma dice:

Si algun espejo brillante
Para ver el alma hubiera,
Mas castigo no le diera
Que ponersele delante.

Bien es verdad que en esta sociedad de ahora no hay reyes que manden sumariamente degollar á nadie, ni niñas bien nacidas que se escapen á campo travieso, ni amantes que las vendan por esclavas, ni siquiera un moro que las compre sin subasta.

Pues si los tiempos traen consigo diferencias en los alardes y en la reprensión del vicio precoz, que luce en los paseos, cruza las calles, asalta las casas y atruena las ciudades á son de tropetas, ora lo practique *Gomez Arias*, ora don Juan de Albarado; no serán menos diversos los ardidés y los castigos de esotra traicion artera y mañosa que se desliza en el hogar, mancha el tálamo, envenena la conciencia, y ataca y destruye, no la vida sola, sino la honra, que es la vida del alma.

En donde esta comparacion resalta mas curiosa é interesante es en los distintos dramas en que el gran poeta antiguo y el moderno han sacado á la escena maridos celosos, no para recreo y burla, sino para enseñanza simpática y tal vez terrible.

Calderon llama uno de estos magníficos poemas *A secreto agravio, secreta venganza*, y el agravio es el adulterio, y la venganza es el homicidio. En una comedia de nuestro compañero hay tambien un agravio secreto y una expiacion secreta: no de parte de la mujer, sino del marido; y el agravio consiste en avergonzarse de serlo, y la expiacion llega hasta ser cómplice en la seducción de la mujer propia.

Calderon nos pintó un marido que, *cierto* de su deshonra, hace sangrar á su infiel consorte y la deja morir desangrada, y llama á esta bellísima tragedia *el Médico de su honra*: Ayala nos ha bosquejado un marido que duda de la esposa á quien él mismo ofende, y que en su obcecacion llega hasta proteger á su rival desconocido. Pudo llamarse esta linda comedia *el Maestro de su deshonra*; pero Ayala, mas modesto, la ha titulado *el Tejado de vidrio*.

Si hubiera tiempo de comparar analogías y divergencias, cierto que fuera interesante; pero ¿qué sacaríamos en conclusion?... Lo que ya hemos dicho. Que los vicios, las pasiones, ni se han anticuado, ni son de invencion moderna. Que el corazon es el mismo, como los afectos y los caracteres: la expresion solamente muda, como las costumbres y los trajes.

En efecto, quien puso en los labios del celoso marido don Juan Roca los versos relativos al honor que el señor Ayala ha recordado, no desdeñaría firmar los que este pone en boca de la celosa y fiel Julia, que en la comedia *el Tejado de vidrio* duda tomar desquite de su infiel esposo.

¿Y cuál será mi dolor,
Ofendida y sin venganza?
¿Y cuál será mi esperanza,
Ofendida y sin honor?
Ya que yo no conseguí
Hacer honrado al infiel,
¿Habrà de conseguir él
Hacerme perversa á mí?
No curarán mi amargura
Todos los goces mundanos;
Que no pueden ser hermanos
El delito y la ventura.
Disculpa fuera mi accion
De su infame ingratitud:
Solo teniendo virtud
Tiene una esposa razon.

¿Quién no pensará que ha dictado Calderon las siguientes razones, que en la misma comedia dirige el conde al desairado seductor?

¡Los rudos tormentos, Cárlos,
Hijos de la seducción!
Si supieras lo que son,
No llegarás á causarlos.
Y no esquivas lo que digo,
Porque libre te mantienes;

Si tienes alma, ya tienes
Donde sufrir el castigo.
Quien hiciere derramar
El llanto del deshonor,
No tendrá ni paz, ni amor,
Ni lágrimas que llorar.
Quando al vicio las dirijas,
Piensa, volviéndote atrás,
Que tienes madre, y quizás.
Tendrás mujer, tendrás hijas...
La culpa engendra la pena,
Pena que nadie detiene:
Solo quien honra no tiene
Puede jugar con la ajena.

Estas analogías entre el poeta antiguo y el moderno, acreditan, no la ciencia adivinatoria del uno, ni el arte imitativo del otro, sino la permanencia de la pasion humana. El hombre la identificó con su naturaleza al comer la primera fruta, y no la arrancará de su ser sino al bajar á la última morada.

Las divergencias de los ingenios tampoco prueban alteracion en la humanidad, sino influencias del tiempo. El arte dramático navega do quiera con esas dos fuerzas: la pasion que siempre subsiste, el tiempo que todo lo altera.

No se censan los panegiristas de épocas que pasaron: ninguna podrán hallar en que no encuentren Alvaros de Ataide. No se esfuerzen tampoco los encomiadores de la edad presente: no podrán restaurar en ella la jurisdiccion enérgica, moral, irrepreensible del alcalde de Zalamea.

Descendiendo entre tanto á terreno mas llano y á mas apacibles consideraciones, habreis de permitir que os lea dos cuentecillos de uno y otro poeta, y me direis despues si estoy alucinado cuando digo que á veces el moderno se identifica con el antiguo. Cuenta Calderon que

Llegando una compañía
De soldados á un lugar,
Empezó un villano á dar
Mil voces en que decia:
« Dos soldados para mí. »
« ¿Lo que excusar quieren todos,
Dijo uno, con tales modos
Pides? » Y él respondió: « Sí,
Que aunque molestias me dan
Cuando vienen, es muy justo
Admitirlos, por el gusto
Que me hacen... cuando se van. »

En *el Alcalde de Zalamea* ha introducido el señor Ayala este otro cuentecillo, que es tambien de soldados y villanos:

CAPITAN.
¿Posible es que ni un vecino,
Por ruego ó por amenaza,
Haya sacado á la plaza
Un caballo?

SOLDADO.
Ni un pollino.
Nada pudimos lograr.
Yo le dije á una mujer
En su casa: ¿No ha de haber
Burros en este lugar?
Yo que sí, y ella que no,
Estábamos disputando,
Quando un burro rebuznando
La casa entera atronó.
« Escucha, dije, y sosten
Que aquí no hay burro escondido. »
Y ella dijo: « Es mi marido
Que los imita muy bien. »

Ya vuestra ilustrada crítica habrá notado las semejanzas y diferencias. Dejad, sin embargo, que me admire de que habiendo variado tanto de siglo á siglo las costumbres, subsista idéntica la lengua; que siendo tan diversos el rey, el alcalde, el hidalgo, permanezcan invariables el soldado y el poeta.

Así como así hemos variado de instituciones, y no nos hemos libertado de bagajes ni de alojamientos. Y eso que semejantes cargas, tan pesadas se hacian en la época de los *Duelos de amor y lealtad*, como en el siglo de *El tanto por ciento*.

El tanto por ciento; sin querer, señores, he nombrado la obra mas popular del señor Ayala, la última manifestacion de su doctrina; el drama moderno con caracteres calderonianos.

Pero no aguardeis ni censura, ni aplauso, ni análisis, ni extracto siquiera; un motivo de delicadeza me lo impide.

Quando corrian las gentes al teatro del Príncipe á aplaudir la obra, ó á los salones de Jovellanos á decre-

tar coronas al autor, muchos de nosotros acudimos al uno ó al otro sitio: la Academia guardó digna y conveniente reserva. No creyó que debía aumentar la cola en el despacho de billetes ó la multitud en la asamblea de la Zarzuela.

Porque, en verdad, estos cuerpos literarios no han de fallar entre aclamaciones de entusiasmo, ni de reclutar sus miembros en los triunfadores de un día, sino que han de pronunciar su veredicto en silencio y quietud, y elegir sus miembros entre los perseverantes y laboriosos.

En la profesion de las letras, que es tambien una milicia, el lauro académico no se da á los afortunados, sino á los constantes.

En este campo de la inteligencia no basta vencer, es necesario conquistar.

Por eso venís en buen hora, señor Ayala; no porque triunfásteis en la escena patria, sino porque defendísteis y ensanchásteis sus antiguos dominios. Y por eso tambien los que antes no quisimos ser ni vuestros jueces ni vuestros heraldos, preveniamos ya para ahora el abrazo de hermanos, y el escaño en que Rivas y Vega y Galiano os habian de hacer lugar.

Subid á él con ánimo, como con justicia; ya que, como he demostrado, sois el continuador de nuestro culto tradicional al ínclito ingenio que os sirve de modelo. Recibidlo fraternalmente, amigos y compañeros míos: trae en las manos, no la corona de un día, sino catorce obras dramáticas, y muchas mas líricas, en las que brillan aquellos caracteres que nuestro Lista alababa en el genio de Calderon.

La religion hasta tal punto, que el *Hombre de Estado* desea

Entrar en la eternidad
Por la puerta del suplicio.

El valor, hasta el extremo de desafiar, no solo la muerte, sino el patíbulo.

La gratitud y el amor, tan inagotables como en Rioja. Las demás prendas, en fin, calderonianas, esparcidas, no solo en obras de importancia, sino en zarzuelas y poesías fugitivas.

Calderon ha sido su estudio, su modelo, su inspiracion, su vida: primero, en concienzudas y tímidas copias; luego en valientes y atinadas imitaciones; al cabo, en esa *union perfecta* que se ha manifestado, ya restaurando con pulso sus magníficos cuadros antiguos, ya dando á los contemporáneos el movimiento, el color y el claro-oscuro de nuestro siglo de oro.

Señores académicos, los que siguen las tradiciones favorables á Calderon, aquí guardadas desde Luzán hasta Vega, yo os presento al que las continúa en teoría y las observa en práctica. Admitidle como amigo; abrazadle como hermano.

En cuanto á vosotros, que tan indulgentes me habeis escuchado; vosotros, la mas feliz parte de este concurso, ó por la belleza ó por la juventud, permitid que os pague con un consejo vuestra atencion, no merecida sino en cuanto á Calderon se refiere.

Imitadle: los que cultivais la poesía, en la gracia y bizarría de sus formas; todos, sin excepcion, en la nobleza y rectitud de sus pensamientos. En ello hareis, no solo una cosa útil, sino patriótica. Los que hemos residido largo tiempo en el extranjero, ó emigrados, ó curiosos, ó representantes de nuestra patria, sabemos que sus antiguas grandezas no han dejado en Europa sino envidia recelosa; nuestras presentes desventuras, cuando no desden, inspiran compasion poco grata. Si á pesar de esto, el español halla do quiera simpatía y aun cariño, es porque sus grandes ingenios, singularmente Cervantes con sus aventuras, y Calderon con sus dramas, han divulgado ese tipo admirable, simpático y caballeroso del carácter español, al que todas las puertas se abren, á quien todas las playas son hospitalarias.

Os lo dice mas elocuentemente quien era, como Calderon, poeta y sacerdote, y quien, como yo, aunque infinitamente mas digno, llevó á veces la voz de esta Academia, don Juan Nicasio Gallego. En la ocasion que os he referido de la traslacion de los restos mortales del gran poeta, decia:

Gloria y delicia de los patrios lares,
¡Buen Calderon! de tu fecunda vena
El copioso raudal de orbe llena,
Venciendo espacios y cruzando mares,

Difunden hoy tus dramas á millares
Las prensas de Leipsick, los oye Viena,
Y hasta en las playas bálticas resuena
El cisne del modesto Manzanares.

¡Oh hispana juventud! Si al árduo empeño
De hollar del Pindo la sublime altura
No te alentare porvenir risueño,

Esa pompa, ese mármol te asegura
Con muda voz que, si *la vida es sueño*,
Siglos y siglos el renombre dura.

HE DICHO.

Los nuevos

MINISTROS FRANCESES.

M. MEGE, MINISTRO DE INSTRUCCION

PÚBLICA.

M. Mege, natural de la Auvernia, como M. Rouher, no ha dado todavía la medida completa de su talento: es hombre muy modesto, y solo se muestra en ciertas ocasiones. Sin embargo, por lo que ha dejado ver, es permitido suponer que podemos tener con él algunas sorpresas. Por nuestra parte, profesamos por los hombres que pueden hablar y saben callarse, una consideración respetuosa.

M. Mege es liberal sin exceso, pero también sin debilidades; libre cambista, prudente y buen católico, es en el departamento de Instrucción pública un progreso sobre M. Segris. Tiene firmeza sin obstinación, como las personas que, dotadas de una voluntad firme, no sienten la necesidad de exagerarla para que conste mejor. Y luego es bondadoso, afable, conciliador, enemigo de las cosas arriesgadas que pueden hacer ruido, y trabajador incansable. Con efecto, cuando la moderación y la prudencia no son efecto de la indecisión, indican un vigor de espíritu poco común. Ahora bien, precisamente porque M. Mege no ha precipitado ni acentuado nada, reservaremos nuestra opinión sobre su porvenir, pues nunca se sabe bien lo que se oculta en el fondo de las aguas apacibles y tranquilas.

El aspecto del nuevo ministro



M. MEGE, ministro de Instrucción pública.

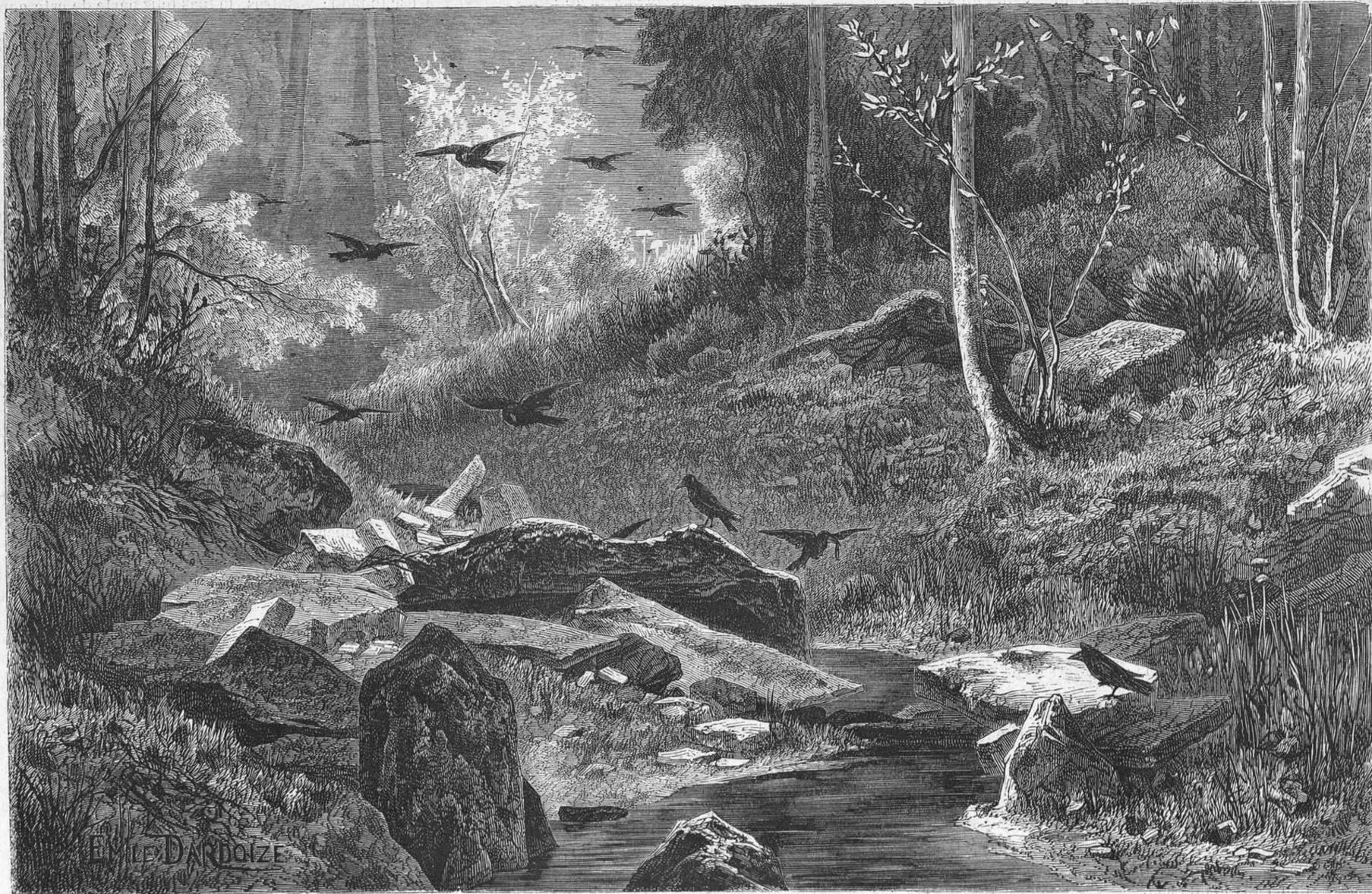
de Instrucción pública es á la vez severo y simpático. Desde la primera ojeada se conoce que es hombre de fuerza y voluntad; pero examinando de cerca, se descubren también en sus facciones la bondad y la benevolencia. Tiene la mirada muy « humana » y después de la reserva del primer pronto, se le encuentra, como ya hemos dicho, simpático. Cuenta muchos amigos en el Cuerpo legislativo, y no sabemos que tenga ningún enemigo declarado. Hombre de negocios y designado siempre para las comisiones importantes, inspira confianza. Secretario durante largo tiempo del Cuerpo legislativo, fué vicepresidente en cuanto la Cámara nombró su mesa.

En suma, los síntomas no son malos y los pronósticos son buenos. Esperemos. A la hora en que estamos y en la posición en que se va á encontrar M. Mege, el valor de los hombres pronto se revela, por manera que la espera no será larga.

M. PLICHON, MINISTRO DE OBRAS

PÚBLICAS.

¡Gran alegría en Dunkerque y en Hazebrouck, y en todo el departamento del Norte! Esto consiste en que no hay diputado más popular en su país que el nuevo ministro de Obras públicas: sus electores le son siempre leales; le han nombrado con el gobierno y le han nombrado contra el gobierno: candidato oficial ó de la oposición, siempre ha sido lo mismo, ha tenido los mismos votos poco más ó menos, y los tendrá cons-



La Ralea, cuadro por M. E. L. Dardoize..

tantemente, y la prueba de que son suyos, es que los ha dado al plebiscito. En la lista de las circunscripciones que han votado sí, la suya figura en el puesto de honor, habiéndose adelantado á todas con muchos miles. La cifra de los votos negativos es ridícula. M. Plichon dijo á su prefecto y á sus subprefectos: « No interven-gais, y yo respondo de la unanimidad. » Y así ha sido.

De modo que, no obstante el proverbio, « M. Plichon es profeta en su país. » Y esto se comprende, pues ha hecho siempre por Dunkerque cuanto estaba en su mano. Ha defendido el puerto de Dunkerque, los pescadores de Dunkerque, la cerveza de Dunkerque, todos los intereses de Dunkerque con un amor de padre. A esto hay que añadir que es libre cambista algo menos que M. Pouyer-Quertier; y católico capaz de rivalizar con el cardenal Antonelli. ¿Cómo no le han de adorar en el departamento del Norte?

Y á pesar de su rigidez y de su aspecto de ermitaño que sale de un ayuno de cuarenta días, es un excelente hombre. No separa la caridad de la fe, y practica la una tanto como la otra. En cuanto á la esperanza, no debería ya quedarle mucha, habiendo llegado al punto culminante de su carrera. Esto es muy propio de los triunfos demasiado completos que, realizando con creces las mas legítimas esperanzas, no dejan ya que esperar nada.

M. Plichon cuenta cincuenta y cinco años. Alto, delgado, derecho, rebosando animación á pesar de sus canas, no tiene nada de vulgar ni de ordinario. Su frente ancha, su cabello blanco como la nieve, erizado en abanico sobre lo alto del cráneo, anuncia una in-



M. PLICHON, ministro de Obras públicas.

teligencia viril. El bajo del semblante es anguloso, cuadrado, quizás demasiado estrecho. Su ojo animado se enciende cuando se hace el elogio de los tratados de comercio, ó cuando atacan al concilio.

M. Plichon es manco por un accidente de caza, manco del brazo izquierdo. También es liberal, y resueltamente; pero lo mismo que su persona, su liberalismo no tiene mas que un brazo: en cuanto á comercio y religion, la amputacion está hecha hace largo tiempo. J. DE V.

Exposicion de 1870

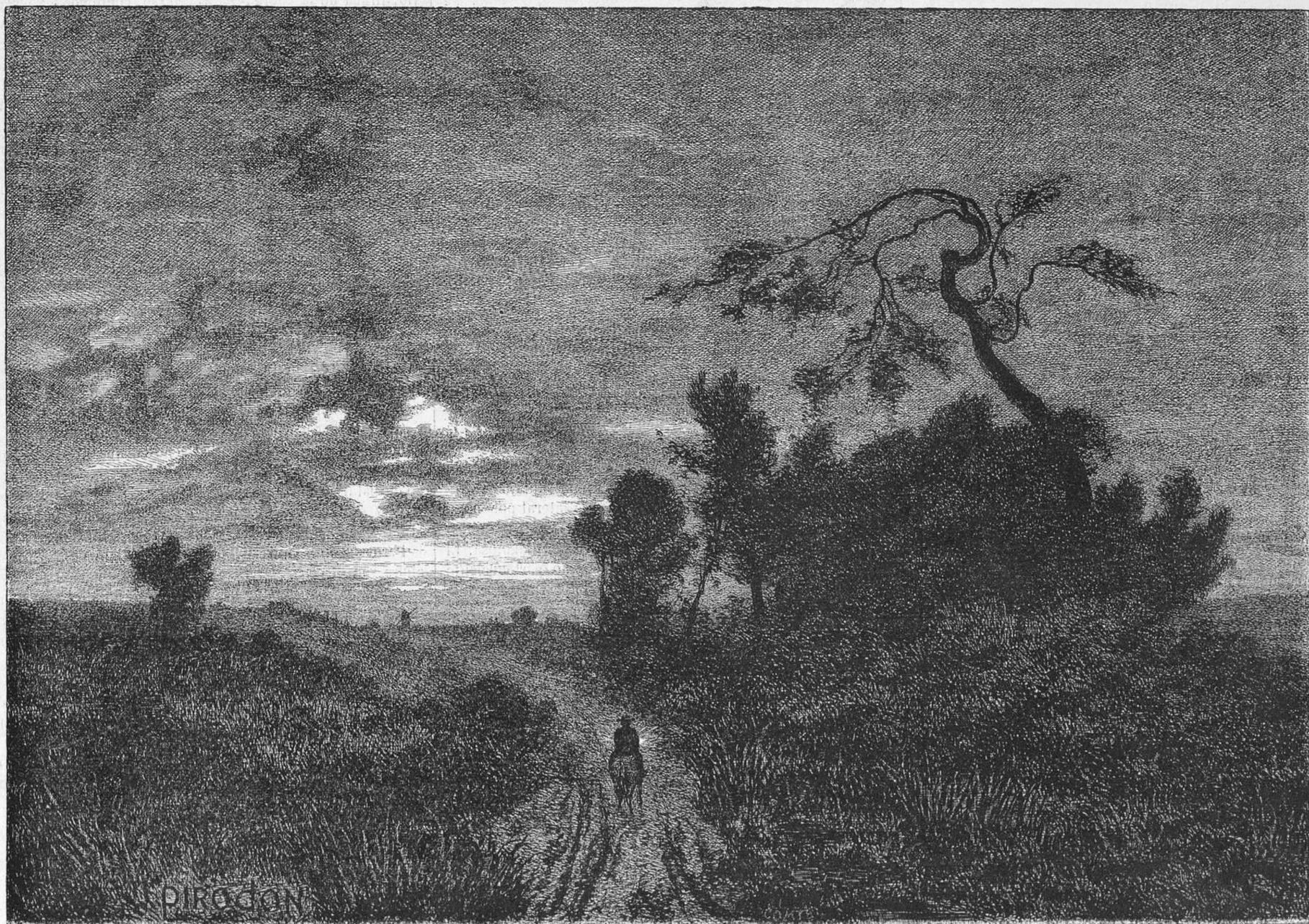
EN EL PALACIO DE LA INDUSTRIA

La *Ralea*; cuadro por M. E. L. Dardoize.

Este cuadro es interesante, sobre todo, por la composición y por los detalles: está dibujado cuidadosamente, sus tonos son agradables, pero la pintura carece de consistencia, principalmente en las sombras. Gana mucho cuando se le examina con atención.

El pintor ha ocultado detrás de unas piedras la presa sobre la cual van á caer las aves de rapiña, y esta intención muy hábil aumenta el interés del cuadro. Se pierde uno buscando cuál puede ser la víctima que atrae á semejantes huéspedes á tan risueño paisaje; sin duda debe ser algun conejo olvidado por el cazador.

Un realista no habria dejado de exponer las entrañas de las víctimas: agradezcamos pues, á M. Dardoize que nos haya ahorrado tal espectáculo, sin que por esto deje



La *Noche*, cuadro por M. E. A. Breton.

de ser menos conmovedor el contraste de ese drama de la naturaleza.

La *Noche*, cuadro por M. E. A. Breton.

¡Triste noche! El camino estropeado por el aguacero de una tormenta, corta en dos partes un paisaje cuya vista no es nada tranquilizadora: al través de los árboles sumergidos en las tinieblas, se distinguen charcos de agua, y por el cielo corren gruesos nubarrones amenazadores todavía.

Es una noche magnífica para estarse en casa, y sin embargo, un hombre sereno y resuelto anda por los campos, sin cuidarse de la intemperie ni de los peligros: es el buen cura que va a llevar los auxilios de la religión a algún agonizante.

Al aproximarse a la aldea, cuyas primeras casas se distinguen al fin del camino, la yegua blanca apresura el paso; sin duda el pobre animal suspira por el pesebre que ha tenido que abandonar para llenar una misión de que participa involuntariamente.

Este cuadro es de un gran efecto: el cielo, notable por su ejecución, sorprende desde luego; las nubes sombrías ofrecen anchos rasgones que dejan suponer profundidades sin fondo.

El paisaje no está tan bien, sobre todo en los primeros términos, que acusan demasiado el trabajo del artista.

A. DE L.

Revista de Paris.

El domingo último los aficionados a las carreras de caballos tuvieron en Chantilly uno de los grandes espectáculos de la temporada. Ya se veía por la mañana en la estación del ferro-carril del Norte que la afluencia sería extraordinaria y brillante. El tiempo convidaba, y así era que los billetes y los coches hubieron de tomarse por asalto. El viaje es muy rápido en esos trenes especiales. Pronto se llega a la inmensa pradera convertida en hipódromo, la más bella de todas las que conocemos en las cercanías de Paris, lo cual no es decir poco en su alabanza. ¡Qué multitud en las tribunas y en los terrados! Era como una fiesta de despedida del mundo elegante. Allí se ostentaban en todo su esplendor las modas del día: los trajes más lujosos se destacaban en el más asombroso panorama, las flores artificiales eclipsaban en formas y colores las humildes florecillas silvestres de los prados y los aromas escogidos en casa de Guerlain, hacían una terrible competencia a los perfumes naturales de esa selva de Chantilly, que es verdaderamente una posesión régia.

Esta concurrencia inusitada en un punto distante de Paris se explica por la razón de que en aquel día iba a tener efecto la carrera más importante del año, después de la del premio de la villa de Paris, que se verifica a mediados de junio en el bosque de Boulogne; esto es, se iba a disputar el premio del Jockey-Club, que en su origen era insignificante y se ha ido aumentando poco a poco, hasta ascender en la actualidad, con sus accesorios, a más de 80,000 francos.

Había 83 caballos en la lista; pero solo corrieron 16, entre los cuales se llevó la palma el del mayor Fridolin, cuya victoria fué saludada con grandes aplausos. Después de la victoria, se emprendió la retirada. ¡Cosa singular! Los atractivos de Chantilly, que son tantos en un día de verano como hacia el domingo último, no ejercen influencia en los espectadores de las carreras, pues una vez terminadas, por el camino más corto, todos en fila, en carruaje ó a pié, se dirigen al ferro-carril para volver cuanto antes. Es verdad que en Paris cuentan con el desfile, y es de rigor figurar en él a la hora señalada.

No olvidemos el nombre del vencedor, el héroe de la fiesta, cuya imagen aparecerá seguidamente en fotografías y en los periódicos de sport para mayor honra y gloria de su afortunado dueño.

Se llama *Bigarreau* y es de una ilustre parentela, hijo de Light (que es padre también de Sornette, otro vencedor en los hipódromos) y de Bataglia; su apariencia es la de esos potros corredores que excitan el entusiasmo en los inteligentes.

En la actualidad todo sirve de pretexto para emprender excursiones. Hoy son las carreras de caballos, otro día una exposición regional, otro una festividad de cualquiera especie.

En la última semana el mundo literario se puso en movimiento con dirección a Vienne, en el Delfinado, donde se inauguraba la estatua de Ponsard, fiesta que con efecto, se verificó con el natural acompañamiento de inspirados discursos en honor del poeta.

Ponsard, sin embargo, es un autor muy discutido.

Desde que dió a luz su primera obra, aquella famosa *Lucecía*, con la cual creían los enemigos de Victor Hugo y Alejandro Dumas que iban a poner en vergonzosa derrota al Teatro moderno, hasta su última producción *Galileo*, que se representó en el Teatro Francés en medio de la indiferencia pública más solemne, Ponsard ha sido ensalzado por los unos y cruelmente combatido por los otros.

De todos modos una cosa se puede asegurar, y es que no ha hecho escuela. Su tentativa en favor del género clásico, de la antigua tragedia, no ha tenido imitadores y por lo tanto, quedará como una obra aislada, excepcional, que prueba el talento del autor y no otra cosa.

La Francia estaba cansada de aquel género trágico que dominó soberanamente en la escena desde el principio del siglo hasta que dió Victor Hugo sus primeras obras.

¿Cómo de repente en medio del entusiasmo romántico podían ponerse de parte de la reacción los que combatían con tanto ardor por la nueva escuela? Esta sí, lo fué, efectivamente. Todo el teatro actual dimana del movimiento revolucionario de 1830. Ponsard evocó un pasado contra el cual se había desencadenado toda una generación; y ahora que se ha apagado no solo el fuego de la lucha sino hasta su recuerdo, se hace a Ponsard la debida justicia diciendo que fué un gran poeta; pero que su famosa *escuela*, llamada del *buen sentido*, es una palabra vacía que no ha ejercido influjo ninguno en la marcha de la literatura dramática francesa. No creemos que la historia le juzgue de otro modo.

Por excepción vamos a introducir hoy a nuestros lectores en la Academia de ciencias, donde se acaba de tratar una cuestión digna de llamar la atención de los que se interesan por el arte lírico.

El doctor Mandl ha hecho un gran estudio para explicar el mecanismo de los registros de la voz humana que se designan vulgarmente con los nombres de «voz de pecho» y «voz de cabeza»; y M. Blanchard ha analizado este curioso trabajo en los siguientes términos:

Gracias al laringoscopio se puede ver en el momento de la emisión de la voz que los cartílagos aritenoides se acercan como dos hojas de ventana, y que las cuerdas vocales (que M. Mandl designa con el nombre más significativo de labios vocales) se pegan más ó menos completamente una a otra.

En esta situación el orificio glótico se queda abierto bajo la forma de un espacio triangular.

Este es el punto esencial.

El orificio glótico cambia de aspecto y las disposiciones de las partes contiguas se modifican según como el cantante emite la voz de pecho ó de cabeza.

En la voz de pecho el orificio glótico se estrecha tanto más cuanto más agudos son los sonidos: las apófisis vocales llegan a tocarse; pero por detrás se ve aun el orificio abierto en la porción cartilaginosa.

En la voz de cabeza, por el contrario, la oclusión es completa en la parte cartilaginosa del orificio glótico. Entonces el aire espirado no puede ya escaparse para producir el sonido más que por la porción ligamentosa, en tanto que en la voz de pecho los repliegues tiro-aritenoides superiores poco tendidos, dejan abierta la entrada de los ventrículos de Morgagni y a descubierto los labios vocales. Estos repliegues tiro-aritenoides en la voz de cabeza cubren en parte los repliegues inferiores, que desde entonces no pueden ya vibrar con toda su fuerza.

Hé aquí ahora cómo explica el autor el mecanismo, que debe comprenderse bien para juzgar el valor del invento de M. Mandl, pues se trata de un invento notable, como luego verán nuestros lectores.

Hay dos clases de movimientos posibles de los cartílagos aritenoides: movimiento lateral y movimiento medio.

El primero se opera únicamente en el eje vertical: las apófisis vocales pueden tocarse entonces, pero jamás las caras internas de las dos aritenoides. Así es que el orificio glótico queda abierto.

En el movimiento medio los cartílagos aritenoides se deslizan de abajo arriba sobre la cara articular del cartilago cricoide; cuando se levantan así, se acercan completamente por su cara interna y el orificio de la porción cartilaginosa desaparece.

Son pues disposiciones muy distintas de los órganos de la voz.

En la voz de pecho, como los cartílagos aritenoides están colocados en la porción más inclinada de la superficie articular, solo puede ejecutarse el movimiento lateral por la acción de diferentes músculos, y en este caso el orificio glótico se queda forzosamente abierto en la porción cartilaginosa. El aspecto cambia en cuanto se emite un sonido perteneciente al registro de la voz llamada de cabeza: los cartílagos aritenoides suben tirados por los músculos y se acercan por su superficie interna hasta el contacto íntimo.

M. Mandl se ocupa activamente en hacer ejecutar instrumentos a cuyo beneficio se promete poder reproducir artificialmente las diversas disposiciones de la voz humana. Entonces la demostración será perfecta, y quizás el arte lírico podrá aprovechar sus aplicaciones.

Hasta aquí la noticia que reproducimos del artículo que M. H. de Parville consagra a la sesión del 30 de mayo de la Academia de ciencias en el *Journal Officiel*; y ahora añadiremos que no es el doctor el primero que ha trabajado para resolver ese gran problema. No hace mucho tiempo oímos en Paris una imitación mecánica de la voz humana en la que había sonidos regulares; pero no por esto la invención hizo fortuna, porque flaqueaba bajo muchos conceptos. Esperemos, pues, los resultados de la nueva tentativa que se anuncia tan solemnemente.

Entre tanto vamos a decir dos palabras de necrología.

Acaba de morir en Paris un autor dramático de fama europea.

Sus dramas se han representado en todas partes y durante largo tiempo han obtenido una boga de que hay pocos ejemplos.

Con efecto, ¿quién de nuestros lectores no ha visto el *Campanero de San Pablo* ó *Lázaro el pastor de Florencia*?

Dicho está, pues, que nos referimos a M. Bouchardy el dramaturgo más distinguido de la generación contemporánea.

Y sin embargo, hace ya años que M. Bouchardy había dejado la pluma. El autor que era recibido con tantos aplausos había pasado de moda, como se dice vulgarmente, y sus últimas producciones fueron rechazadas de una manera implacable.

En la actualidad no se contaba ya en el número de los abastecedores de teatro.

Retirado a una casa de campo de las cercanías de Paris, vivía con el recuerdo de sus triunfos y ha fallecido a los cincuenta y nueve años en el desconsuelo y la amargura, pues no otra existencia podía tener viendo así eclipsada su antigua gloria.

A nuestro juicio, semejante olvido era una injusticia muy marcada. M. Bouchardy, no obstante las exageraciones del género melodramático que cultivó, poseía el sentimiento del arte y nadie ha sabido como él preparar y desenvolver esas situaciones de gran efecto que producen honda impresión en los espectadores.

Luego sabía expresarse también con una naturalidad verdaderamente literaria.

Hay escenas en sus obras que pueden considerarse como modelos de estilo.

Por ejemplo, en su célebre drama *Juan el Cochero*, el protagonista rehusa una posición que le ofrecen porque no quiere separarse de su caballo, de su compañero de glorias y fatigas, es ocasión de usar esta frase.

«No, no puedo aceptar, dice, porque tendría que separarme de Marengo, y Marengo es mi antiguo amigo, mi viejo caballo que ha servido en el 6º de dragones... Juntos estuvimos en Marengo y sucedió que perdí su oreja derecha por causa de un sablazo que a mí me destinaban... Juntos caímos en Friedland y yo creía que el pobre compañero se había quedado para siempre en el campo de batalla, cuando algunos años después le vine a encontrar en una feria... Tenía yo algunos ahorritos fruto de la victoria y andaba en busca de un caballo para mi oficio... Veo a Marengo atado a un poste, entre una porción de caballos en venta y lo reconozco por su oreja cortada... también él me reconoció: en cuanto me vió, tiraba de la cuerda para venirse conmigo... Se vendía por sesenta francos, un caballo que había estado en Rivoli, en el Cairo, en las Pirámides... Sobre la marcha le compré y cinco años hace ya que trabajamos juntos como dos viejos amigos.

»Verdad es que tiene por compañera una yegua robusta que hace lo más penoso del trabajo; yo le trato con miramientos porque con sus veinte y cinco años de servicios, Marengo los merece... y no se vaya a creer que está medio exánime... Nada de eso. Días pasados atravesábamos juntos el Campo de Marte donde había ejercicios de tropas: retumbaba el cañón, sonaban las trompetas y redoblaban los tambores... El viejo Marengo relinchaba, enderezaba su oreja única y parecía decirme: Amigo Juan, el austriaco se despierta: vamos, vamos a la carga...

»Yo me reía y tenía ganas de llorar, tanto que no pude menos de decirle: Marengo, te engañas, el austriaco no da ya señales de vida.

»Y por esto le quiero tanto, porque hay momentos en que me parece que el animal me habla como una persona... es extraordinario.»

Cuando se escuchaban relaciones de esta especie por alguno de aquellos actores que ya no existen ó que se hallan reducidos a la nulidad, porque el teatro es un terrible campo de batalla donde los combatientes se gastan pronto, Bouchardy dominaba a su auditorio tanto con las emociones de la situación como con las gracias de su estilo.

Pero ya lo hemos dicho: aquellos tiempos pasaron ya; ahora son otros los móviles que han de poner en juego, los resortes que han de tocar los autores dramáticos, si han de tener acción sobre un público menos apasionado por la sencillez, y cuya fibra sentimental no se conmueve fácilmente.

La literatura dramática se mueve en otro círculo: las diversiones públicas han cambiado de aspecto.

A propósito de diversiones públicas, se habla mucho en Paris de un gran café-concierto, sobre el cual dan los periódicos especiales los detalles siguientes:

Varios banqueros ingleses han formado una sociedad con un capital de un millón de pesos, la mitad de cuya suma se consagra a la adquisición de un gran teatro que no será difícil encontrar, pues hay algunos en los que fracasan todas las empresas.

Una gran parte de la mitad restante será para modificar las disposiciones interiores, pues la sala habrá de convertirse en un invernáculo magníficamente adornado y alumbrado, al uso de Londres.

Habrán en las dependencias sala de lectura y de armas, sala de tiro, de gimnasia, etc.; y un picadero y varias fondas.

La orquesta constará de cien músicos.
En cada función se dará un concierto, una escena de pantomima, ejercicios gimnásticos, bailes, cuadros, apoteosis, etc.
Los artistas se contratarán al mes, á fin de que aparezcan siempre en los carteles nombres nuevos.

Finalmente, este gran espectáculo no costará mas que un franco.

Si hemos de juzgar por lo mucho que se gana en los numerosos cafés-conciertos que hay en París, no podemos menos de pronosticar á esta empresa británica una excelente fortuna.

MARIANO URRABIETA.

Poesía.

A CINTIA.

¿Te dije por ventura,
Cintia, que tu hermosura
Causaba mi locura,
Mi ciego frenesí?
¿O que tus ojos bellos
Del sol eran destellos,
Y que morir por ellos
Era morir feliz?

De tus labios de rosa
La sonrisa amorosa,
¿Acaso en verso ó prosa
Alguna vez canté?
¿Para pintar la llama
Que el tierno pecho inflama
Y el corazón que te ama,
Mi cítara templé?

Tal vez con pasión loca,
Que en el delirio toca
Pude adorar tu boca
Mas suave que el jazmín;
Quizá tu seno hermoso
Turbara mi reposo,
Quizá tu talle airoso
Pudo rendirme al fin;

Posible, no lo dudo,
Fué que el destino rudo
Me hiciese amante mudo
De tu simple beldad;
Y en líricas estancias
En pago de mis ansias
Con férvidas instancias
Pidiese caridad;

Mas la memoria pierdo
Puesto que no recuerdo
Que estando sano y cuerdo
Cantara yo de amor:
Que siempre el ceguezuelo
Me pareció un pilluelo,
Y siempre con recelo
He mirado al traidor.

Si apenas, siendo mozo,
Sin barbas, aun sin bozo,
(Lo digo sin rebozo)
Huí de la mujer;
Ora, en la edad madura,
¿Sería, di, cordura,
Rendirse á la hermosura,
Y la quietud perder?

Si erré, perdón imploro,
Mas no cambio por oro
Mi celestial tesoro,
Mi dulce libertad.
Ni halagos prometidos,
Ni encantos fementidos
Cautivan mis sentidos,
Ni envidia vil me dan.

Si mi candor recusas,
Si de tu imperio abusas,
Y de falaz me acusas

Porque mi amor negué;
No sé yo qué te diga:
Te acepto de enemiga,
Desplega ya la intriga
Que yo combatiré.

Contra tí no me ensaño:
Lamento sí el engaño,
Que así en tu propio daño
Incauta te cegó.
¿Fuerza es tener amante
Tierno, fino y constante,
Y un caballero andante
Rendido campeón?

Por mi parte mas quiero
Una amiga sincera,
Amiga verdadera
Que me aconseje fiel,
Que eróticos trofeos,
Penas, ansias, deseos,
E insulsos devaneos
Y pabras de miel.

* * *

La presentación del plebiscito.

El día 24 de mayo á la una de la tarde, el emperador recibió en el gran salón del palacio del Louvre la diputación del Cuerpo legislativo encargada de remitir á Su Majestad la declaración oficial del resultado general de los votos emitidos el 8 de mayo de 1870 por el pueblo sobre el plebiscito, ratificando el senado consulto de 20 de abril del mismo año.

A la cabeza de la diputación marchaban los presidentes de la Cámara y los miembros de la mesa.

Estaban presentes, el Cuerpo diplomático, los senadores, los miembros del Cuerpo legislativo, el consejo privado y consejo de Estado, los ministros, los mariscales, los almirantes, una diputación de los grandes cruces de la Legión de Honor, los dignatarios de la corte y los oficiales libres de servicio, de las casas de S. M. el príncipe imperial y los príncipes y princesas de la familia imperial; los magistrados y altos funcionarios de la capital, todos de gran uniforme y la mayor parte acompañados de sus esposas, vestidas con trajes de calle.

Hacia la una de la tarde, una salva de 24 cañonazos ha anunciado la salida de SS. MM. del palacio de las Tullerías; casi al mismo tiempo el maestro de ceremonias anunciaba en el gran salón del Louvre al emperador, y el séquito imperial entraba por el orden siguiente:

Un ayudante y un maestro de ceremonias, los escuderos de servicio del emperador y de la emperatriz y el prefecto del palacio; los chambelanes de servicio de Sus Majestades, el primer escudero y el primer chambelán de la emperatriz, el ayudante general del palacio, el gobernador del príncipe imperial, el comandante en jefe de la guardia imperial, el gran maestro de ceremonias, el montero mayor, el gran chambelán, el gran mariscal del palacio, etc., etc., los príncipes de la familia del emperador que tienen rango en la corte, Su Alteza Imperial monseñor el príncipe Napoleón, S. A. I. monseñor el príncipe imperial, el emperador y la emperatriz, S. A. I. la princesa María Clotilde Napoleón, Su Alteza Imperial la princesa Matilde, SS. AA. las princesas de la familia del emperador que tienen rango en la corte; el ayudante de campo de servicio, la gran dama de la casa de la emperatriz, la dama de honor y las damas y señoritas de servicio de la emperatriz, las damas de servicio de las princesas, el gobernador del palacio, el comandante del cuerpo de los Cien Guardias, los oficiales de servicio, el ayudante de campo y el escudero de servicio de S. A. I. monseñor el príncipe imperial, los oficiales de servicio de S. A. I. el príncipe Napoleón y de las princesas de la familia imperial.

Sus Majestades se sentaron en un trono bajo un dosel situado en el fondo del salón. En sillas colocadas á los lados del trono se sentaron á la derecha, S. A. I. monseñor el príncipe imperial, S. A. I. monseñor el príncipe Napoleón y SS. AA. los príncipes de la familia del emperador que tienen rango en la corte; á la izquierda la princesa María Clotilde Napoleón, la princesa Matilde y SS. AA. las princesas de la familia del emperador que tienen rango en la corte.

Detrás del emperador estaban el gran mariscal del palacio, el gran chambelán, el montero mayor, el comandante en jefe de la guardia imperial y el gobernador de Su Alteza Imperial monseñor el príncipe imperial, después el ayudante general del palacio, los ayudantes de campo del emperador, los primeros oficiales y los oficiales de las casas de SS. MM., del príncipe imperial y de los príncipes y princesas de la familia imperial. Detrás de la emperatriz, la gran dama de la casa de la emperatriz, la dama de honor, los oficiales, damas y señoritas de honor de la casa de la emperatriz, las damas de compañía, los caballeros de honor y los ofi-

ciales de servicio de las princesas. Debajo del trono y á la izquierda, en una silla de tijeras, el gran maestro de ceremonias; á derecha é izquierda del trono, en bancos, los ministros, los miembros del consejo privado, los mariscales, los almirantes, la diputación de los grandes cruces de la orden de la Legión de Honor; enfrente del trono á la derecha, en un sitial, el presidente del Senado, y en bancos los senadores. Detrás del Senado los presidentes de sección, los consejeros, los maestros de requerimientos y los auditores del consejo de Estado; y á la izquierda el presidente del Cuerpo legislativo y los diputados; en fin, detrás de estos los magistrados y los otros funcionarios civiles y militares.

Los miembros del cuerpo diplomático y sus señoras ocupaban una tribuna reservada en la galería superior á la derecha del trono.

Cerca del trono y en la puerta interior del gran salón habia algunos soldados de los cien guardias.

A la entrada de SS. MM. toda la asamblea se ha levantado y se ha descubierto.

Un momento después, la diputación y los miembros del Cuerpo legislativo han sido introducidos por un maestro y un ayudante de ceremonias.

El presidente del Cuerpo legislativo ha subido las gradas del trono y remitido al emperador la declaración oficial del resultado general de los votos emitidos el 8 de mayo de 1870 por el pueblo francés sobre el plebiscito, ratificando el senado consulto de 20 de abril último.

Después el gran maestro de ceremonias, habiendo tomado las órdenes del emperador, dijo, dirigiéndose á los asistentes:

« Señores, señasos. »

Su Majestad pronunció este discurso:

« Señores:

» Al recibir de vuestras manos el resultado de los votos emitidos el 8 de mayo, mi primer pensamiento es atestiguar mi gratitud á la nación, que por la cuarta vez después de veinte años, me ha dado un brillante testimonio de su confianza.

» El sufragio universal, cuyos elementos se renuevan continuamente, conserva, á pesar de su movilidad, una voluntad perseverante. Tiene para guiarse su tradición, la seguridad de sus instintos y la fidelidad de sus simpatías.

» El plebiscito no tenia otro objeto que la ratificación por el pueblo de una reforma constitucional; pero en medio del conflicto de las opiniones y en el acaloramiento de la lucha, el debate ha subido mas alto. No lo sentimos. Los adversarios de nuestras instituciones han colocado la cuestión entre la revolución y el imperio. El país la ha resuelto en favor del sistema que garantiza el orden y la libertad.

» Hoy el imperio se encuentra afirmado en su base. Demostrará su fuerza con su moderación. Mi gobierno hará ejecutar las leyes imparcialmente y sin debilidad. No se apartará de la línea liberal que se ha trazado. Dispensando los derechos á todos, protegerá todos los intereses, sin recordar los votos disidentes y las maniobras hostiles. Pero sabrá también hacer respetar la voluntad nacional, con tanta energía manifestada, y mantenerla de hoy en adelante, por encima de toda controversia.

» Libres de las cuestiones constitucionales que dividen los mejores espíritus, no debemos tener mas que un fin; aliar, al rededor de la Constitución que el país acaba de sancionar, los hombres honrados de todos los partidos; asegurar la seguridad; producir la calma de las pasiones; preservar los intereses sociales del contagio de las falsas doctrinas; buscar, con la ayuda de todas las inteligencias, los medios de aumentar la grandeza y la prosperidad de la Francia.

» Extender la instrucción; simplificar el sistema administrativo; comunicar la actividad que abunda en el centro, á las extremidades que están privadas de ella; introducir en nuestros códigos, que son monumentos notables, las mejoras justificadas por el tiempo; multiplicar los agentes generales de la producción y la riqueza; favorecer la agricultura y el desarrollo de los trabajos públicos; consagrar, en fin, nuestra labor á ese problema mil veces resuelto, y siempre renaciente, la repartición de las cargas que pesan sobre los contribuyentes: tal es nuestro programa. Realizándolo, con la libre expansión de sus fuerzas, nuestra nación elevará el progreso de la civilización.

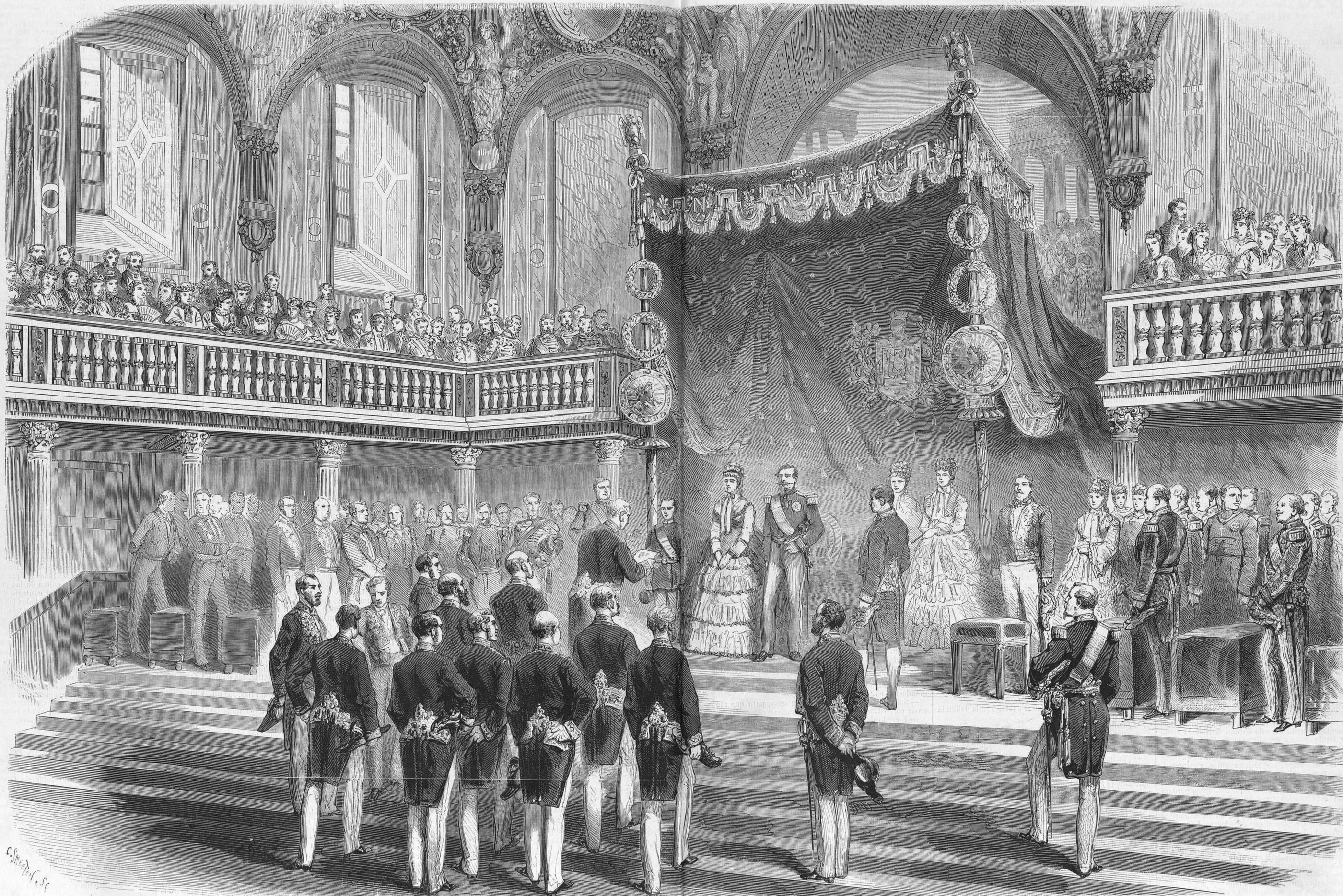
» Os doy gracias, señores, por el concurso que me habeis prestado en esta solemne circunstancia. Los votos afirmativos que ratifican los de 1848, 1854 y 1852, fortalecen también vuestros poderes, y os dan, como á mí, una nueva fuerza para trabajar en provecho del país.

» Hoy mas que nunca debemos afrontar sin temor el porvenir. ¿Quién podría, en efecto, oponerse á la marcha progresiva de un régimen que ha fundado un gran pueblo en medio de tempestades políticas, fortificándolo en el seno de la paz y la libertad?

» NAPOLEON. »

Inmediatamente el emperador y la emperatriz se retiraron con S. A. I. monseñor el príncipe imperial, precedidos y seguidos de su cortejo, en el orden observado para la entrada.

Una nueva salva de 24 cañonazos anunció la conclusión de la ceremonia.



EL PLEBISCITO. — S. M. el emperador Napoleon recibiendo en el gran salon del palacio del Louvre la declaracion oficial de los resultados del escrutinio.

El Doctor Témis

NOVELA ORIGINAL ESCRITA POR EL MALOGRADO

JÓVEN GRANADINO

DOCTOR JOSÉ MARIA ANGEL GAITAN.

(Continuación.)

— Es la señorita Veratrina, me dijeron, que así como usted la ve, pasa la noche hasta las diez ó las once y se acuesta despues sobre una tarima, sin poner siquiera una almóhada ni un jergon para disminuir el rigor de su penitencia.

— ¿Y de qué familia es? pregunté.

— Es una parienta lejana del difunto don Mateo, me respondieron.

— Al instante traje á la memoria la recomendacion de este señor para que le ayudásemos á buscar aquella niña, y resolví aguardar allí, hasta ahora poco que acabó su oracion, con el fin de preguntarle yo mismo, como en efecto lo he hecho: ella me ha referido su historia, que en breves palabras es esta. Despues que quedó huérfana de padre y madre, don Mateo la protegía en secreto, como es natural á la verdadera caridad, y la habia colocado en casa de una señora muy santa, donde se practicaba la oracion en suma pobreza. Ese señor Emilio se enamoró de la jóven y empezó á perseguirla, de modo que la señora tuvo que esconderla en la casita de que he hablado; mas como no hubo tiempo de que don Mateo supiera dónde quedaba el escondite, pues la señora murió de repente, empezó á volverse loco por Veratrina, hasta que le costó la vida su inútil diligencia. La niña no ha vuelto á salir ni un momento y está en extremo abatida. Mas no es esto solo: me ha dicho tambien que don Mateo, mientras vivía, siempre le hacia la advertencia que cuando él muriera dejaria á un amigo suyo, que se llama don Salvador, recomendado para que le diese algo de semana. Yo, que conozco mucho por fortuna á don Salvador, caballero anciano muy religioso y timorato, vengo ahora mismo de hablarle, con lo que le he proporcionado un gran placer, en cuya virtud marchó al instante á ver á Veratrina, mandándome que entre tanto viniese á que Vd. nos aconsejara, dónde seria bueno colocarla mientras entra á las monjas; y á rogarle que de todos modos se haga cargo de dirigir su conciencia.

— Ve Vd., dijo el capellan, qué circunstancias tan diferentes de las de aquella otra mujer, que bien conocí yo desde el principio se proponia engañarnos.

— ¡Imposible! y aquí está la prueba: yo me dejé engañar entonces por un momento, y si no hubiera tenido el honor de oír al señor capellan, y de ser amigo de la Daifa, todavía estuviera equivocado, sin hacerme cargo de la diferencia de circunstancias. Aquella aparecia como leñadora, porque no era mas que una vagabunda, una mujer criada para el servicio doméstico, pero que salió tan amiga de los hombres, que continuamente se está fugando. ¿Qué interés habia de tener por ella don Mateo? ¿Seria él capaz de llevar al lado de la señorita Beatriz una prenda semejante? Veratrina sí; que si usted la ve, es la misma virtud y no piensa sino en las monjas, ni estima otra cosa que á los santos ministros del altar. Es beata de las mercedes...

— Está visto que es una señorita virtuosa, dijo el capellan. Me parece que con un buen director vendrá á ser al fin una esposa de Jesucristo.

— Sin remedio, repuso Monterilla, siempre que el señor capellan se encargue de confesarla.

— Con mucho gusto, si fuere señora de calidad: así es que mañana nos veremos y pensaremos lo mas conveniente. Entre tanto esta noche la encomendaré á Dios y le pediré me ilumine lo que debe hacerse en el caso.

— Sin embargo, replicó Monterilla, levantándose para irse, yo ruego al señor doctor nos proporcione una casa, así como la de doña Gonzaga, para colocar á Veratrina.

— Puede ser, contestó el capellan.

— Pero es de advertir, repuso Monterilla, que este es precisamente el objeto urgente de don Salvador: como no tiene donde colocar inmediatamente á aquella niña, será preciso pase esta noche donde está, pero mañana debe ser puesta en una casa honrada. Se quiere que esta sea la de doña Gonzaga, por varias razones, y principalmente porque así lo desea Veratrina; mas si muy temprano no está arreglado el asunto en estos términos, habrá que llevarla á otra parte, y doña Gonzaga perderá la utilidad de la pensión que debe cubrir don Salvador.

— Evite Vd. eso, señor Monterilla, y no olvide que aquella familia está muy necesitada. Yo madrugaré á interesarme con ella, y creo que accederán al momento; pues estando doña Gonzaga un poco mejor, se necesita tratar de que Beatriz entre al convento, y no seria malo que entonces le quedase á la pobre señora, en lugar de Beatriz, el consuelo de Veratrina.

— Mas esta tambien va entrar á las monjas muy pronto, replicó Monterilla: esos son precisamente sus deseos, los de don Salvador y los míos.

— Tanto mejor; con eso Beatriz se animará, y puede que entren el mismo día y al mismo convento.

— ¡Oh! Eso seria muy bonito, dijo Monterilla; ver á las dos niñas...

— Ciertamente, interrumpió el capellan con una sonrisa de ternura, ¡ese espectáculo seria muy bello!

— Procuremos, procuremos, dijo Monterilla, que se realice tan hermoso cuadro. Mañana mismo tendrá usted en su confesonario á Veratrina; de allí se irá con Beatriz, pues Vd. les mandará que se vayan juntas, y despues irá á arreglar el asunto, continuando con esas dos bellas hijas hasta que las envíe al cielo por el claustro que les guste mas, que sin duda será el mas oscuro.

— Muy bien, dijo el capellan, recibiendo la mano de Monterilla, quien muy contento se fué á dar cuenta á la junta del estado en que quedaba el proyecto acordado para establecer á Veratrina con Santiago.

Ya Oropimente habia acabado de falsificar la carta y esperaba á Monterilla, entreteniéndose en conversar con Soliman.

— Es un tesoro de necedad nuestro capellan, dijo Monterilla, poniendo el farol sobre la mesa. Las cosas marchan tan bien, que por mal que nos vaya, estoy seguro de que á lo menos recobramos á la Cisne.

— Ese padre, dijo Soliman, es digno de todo mi aprecio, y voy á elegirlo por mi confesor. ¿Qué dijo de la historia? ¿Muy persuadido quedó?

— Perfectamente: á la hora de esta el clerezonte está encomendando á Dios á la bella Veratrina, de tal modo que temo no vaya á echarla á pique su oracion, y deje de servirnos en el asunto. Mas, ¿qué hay de la carta? ¿ya está redactada?

— Al gusto de Soliman, contestó Oropimente acercándose con ella al candil, para leerla á Monterilla.

« Caballero:

» Estoy en la habitacion de Monterilla, á quien aguardo l'ena de temor, para oír las reconvenções formidables de sus celos. Probablemente moriré á sus manos esta noche, porque es un hombre feroz cuando se cree ofendido como amante. Mas no quiero llevar al sepulcro uno de los remordimientos mas amargos que he experimentado en mi vida, y el mas tenaz de los muchos que me han causado mi flaqueza y mis extravíos. He sido muy mala; pero quiero practicar alguna accion virtuosa, siquiera al tiempo de morir, para que Dios me perdone, al ver que mi muerte hace tal vez la felicidad de dos seres á quienes con mucha perversidad he robado una parte de su dicha. Quiero pedir á Vd. perdon del mal que le he causado y que Vd. mismo ignora, como se ignoran con frecuencia por el calumniado las calumnias que lo deshonran.

» Cuando Vd. apareció en Bogotá por primera vez, inspiró en el alma inocente de Veratrina, señorita que usted quizá no conoce, una rara pasion que en vano intentaba combatir. Yo lo supe, y me propuse por malignidad perjudicarlos á ambos, arrebatándole á Vd. un corazon demasiado virtuoso para que no fuese el objeto de mi odio y de mi envidia, haciendo para ello creer á Veratrina que Vd. era uno de los ladrones del señor Osman. Ella recibió con horror semejante desengaño y se propuso al momento retirarse á un claustro y sepultarse para siempre en una vida indigna de su belleza y de sus gracias. Pero ahora que voy á morir, deseo evitar ese mal, escribiendo á ambos la verdad, para que me perdonen como se lo ruego. Sí, caballero, he sido muy mala y muy hipócrita, y será para Vd. y para Veratrina una gran fortuna que yo muera; porque ciertamente, si logro escapar, no verán Vds. esta carta que estoy escribiendo, pues me interesa demasiado pasar por virtuosa mientras exista, porque soy muy débil y no puedo soportar ni la miseria ni el desprecio. Escribo esta verdad, á fin de que no me compadezcan despues de muerta, y de que sepa Vd. que una mujer que como yo, lo amaba y no se ve correspondida, es preciso que muera, para que el ingrato se libre de sus venganzas.»

— No está mala, dijo Monterilla; pero yo la esperaba mejor.

— Así la quiso Soliman, replicó Oropimente.

— Sí; porque así conviene, y el principal interesado en el asunto soy yo solo.

— Nada de eso, replicó Monterilla: á fe que á mí me interesa mas quizá que á Vds., porque esa carta influye mucho para que la Cisne vuelva á mi poder en cierto caso.

— ¿Qué caso? preguntó Soliman.

— El de que no se logre que el doctor Témis defienda al Mordedor.

— ¿Cómo así?

— Veán Vds. Yo entonces le digo á Emilio que su padre no puede salvarse, sino á condicion de que la Cisne vuelva á poder de la Daifa.

— ¡Buena idea! exclamó Oropimente.

— No hay duda, contestó Monterilla. Cuando Emilio vea que el Mordedor es condenado, yo le digo que ya he aprisionado á don Adolfo, y voy á entregarlo á la justicia con las pruebas de sus crímenes: le recordaré que la pena que debe imponerse á su padre, es la de muerte; y él entonces sin vacilar, por sí mismo traerá á la Cisne como se lo pronostiqué; pues esta muchacha no le interesa particularmente, y ningun mal verdadero va á sufrir en casa de la Daifa.

— Eso es exacto, dijo Oropimente; pero conviene mucho la reserva. Y es tanto mas seguro, cuanto que Santiago y los demás, desengañados con la carta falsa, ayudarán en el mismo sentido.

— Sin remedio, repuso Monterilla. Cuando Emilio y la familia del señor Osman sepan quién es la Cisne, segun esta carta, que ella de ningun modo puede desmentir, la arrojarán de la casa, aunque no se les ofrezca el

interés de salvar con su restitucion á don Adolfo y á Emilio.

— Esta noche ha sido muy feliz, dijo Soliman. Pero es bien tarde y debemos recogernos, para madrugar á trabajar.

Con esto se retiraron, llevándose Soliman la carta falsa y Oropimente la verdadera.

VI.

EL ABANDONO.

Al dia siguiente Emilio amaneció gravemente enfermo y no pudo levantarse, á pesar de la necesidad que le habia impuesto Monterilla de ir, sin excusa, á hablar al doctor Témis, y empezar á trabajar activamente en la defensa del Mordedor; cuya causa se encontraba ya en un estado tan avanzado, que exigia rápidos y multiplicados esfuerzos y diligencias.

Muy de mañana vino Santiago á visitarlo y decirle las palabras consoladoras que su amistad le habia sugerido esa noche, para contribuir al alivio de un amigo desgraciado: reflexiones, esperanzas, lisonjas; todo queria emplearlo con profusion á fin de dulcificarle su pena; mas era en vano, pues Emilio no podia probar ningun consuelo, y viendo que el tiempo trascurre y era imposible levantarse para ir donde el doctor Témis, suplicó á Santiago fuese á llamarlo, ya que no habia otro remedio.

— Ahora mismo vendrá, dijo Santiago: he estado en su casa á darle aviso, como Vd. nos encargó ayer, de que la Cisne se halla aquí, y me ofreció venir inmediatamente.

— Me asusta eso, Santiago: la visita será muy agradable para la Cisne; pero para mí... va á ser horrible.

— Consoladora, diga Vd. mas bien: ya lo verá; el doctor Témis va á decirle palabras eficaces, á encargarse en el acto de la defensa del Mordedor, que en dos ó tres dias estará en libertad; con lo que don Adolfo se irá libre tambien, sin que nadie lo persiga; se enmendará, como han asegurado, y hé aquí que todos los males se disipan en un momento, sin que nadie vuelva á acordarse de ellos.

— No hablemos de eso, Santiago. Dígame mas bien si ha recibido una carta que la Cisne dejó olvidada la otra noche sobre la mesa de Monterilla.

— No, señor, contestó Santiago.

— Sin embargo, dijo Emilio, Monterilla me aseguró habérsela remitido, porque era para usted.

— ¿Para mí? preguntó Santiago con admiracion: ¿Y quién me la escribió?

— La Cisne.

— ¿Ella? Dios mio ¿y por qué no me dice ahora de palabra lo que iba á escribirme? ¿Sabe Vd. lo que fuera?

— No, señor; y aun Vd. mismo debe ignorarlo siempre, segun me ha manifestado ella. Así es que expresamente me recomendó le advirtiese que no quiere que la lean, pues la habia escrito solo en el concepto de ir á morir, cuya condicion, no habiéndose llenado, le deja esperar que si Vd. la recibe se la devuelva cerrada.

— Así lo haré, dijo Santiago, no obstante la curiosidad que tendré que vencer para ello: y le aseguro tambien que ahora mismo voy á averiguar la carta hasta que dé con ella en cualquier parte.

— Es bien fácil, dijo Emilio; porque me parece que tal papel no interesa á nadie, y Monterilla se lo entregará sin obstáculo.

— Ahora mismo me lo entrega, y ojalá se resista, que juro aprovechar la ocasion de librarlo á Vd. de semejante hombre.

— No, Santiago: Monterilla en nada me ofende ni ha ofendido; al contrario, creo que tanto mi padre como yo debemos estarle agradecidos.

— Puede ser, dijo Santiago; pero dentro de pocas horas, ó está en mi poder la carta, ó no respondo de lo que haga. Voy ahora mismo á buscarlo.

— Todavía no vaya, dijo Emilio; déjelo para esta noche, que voy á hacerle una recomendacion acerca de ese hombre.

— Con mucho gusto, respondió Santiago: ¿Qué recomendacion es?

— Solamente la de que vaya á su casa, para que me envíe con Vd. el retrato de mi padre.

— Y me lo dará con la carta, que traeré aquí sin leerla, como lo prometo, ¿no le parece á usted?

— Ojalá, porque la Cisne desea mucho recobrarla.

Desde que Santiago supo el asunto de la carta, empezó á sentirse agitado con esta circunstancia tan misteriosa é interesante para él. La Cisne le habia escrito cuando creia ir á morir. ¡Qué idea tan lisonjera! ¡Qué momento para un recuerdo! ¡Qué circunstancia tan grave para dar al hombre en quien se pensaba entonces, la preferencia mas satisfactoria!

De pensamiento en pensamiento llegó Santiago á las ilusiones, y de las ilusiones voló á la esperanza, al amor y á la felicidad. Entre tanto su corazon latia con fuerza, y la amistad olvidaba al doliente que estaba consolando. Un suspiro de este lo distrajo por fin de su enajenamiento, y dejando sus ideas agradables, volvió á ocuparse de la desgracia; pero sentia alguna cosa que le estorbaba dar á su acento un timbre consolador, y veia que era la felicidad lo que lo distraia; con lo que se persuadia de que los hombres contentos no pueden ser los mas aptos para consolar al desgraciado.

Por último, sintieron entrar al doctor Témis, que ignorando las desventuras de Emilio, no habia creído ur-

gente visitarlo, estando por otra parte ocupado con exclusión en investigar los medios de hacer la captura del compañero del Mordedor, y de asegurar á este, para que no volviese á salir por la noche; así era que solo venia ahora por haber tenido noticia de que la Cisne estaba ya en seguridad donde el señor Osman, con cuyo motivo deseaba recomendarla eficazmente. Pero en la sala le avisaron las señoras que Emilio se hallaba enfermo, por lo que antes de salir bajó á visitarlo y ofrecerle sus servicios.

Desde que Emilio lo sintió entrar á la casa, experimentó un sacudimiento, que trayéndole á la memoria sus desgracias, le ofreció en toda su intensidad la pena que iba á sufrir al revelar á un hombre á quien tanto respetaba y quería, la deshonra que ya apenas podía llamarse un secreto, pues iba llegando poco á poco al conocimiento de todos sus amigos, de un modo inevitable y por su propia confesion.

— Yo no alcanzo á hablarle al doctor Témis, le decía á Santiago con voz alterada cuando aquel bajaba la escalera: no querría que entrara, porque ya toda sensación me causa mucho mal: conozco que á mi cuerpo le hace daño la vida. Que no entre, que no entre: mi cabeza está alterada...

Mas en el acto se presentó el doctor Témis al lado de la cama de Emilio. Santiago se retiró para dejarlos solos, y ellos empezaron á tratar de la enfermedad, acerca de cuyas causas, Emilio reuniendo las fuerzas que le quedaban, hizo la relacion de sus desventuras, concluyendo por pedir al doctor Témis defendiese á todo trance al Mordedor, para salvar á su padre. El doctor Témis lo escuchó sin manifestar ni admiracion ni sorpresa.

— Es muy natural, mi querido y desgraciado amigo, le dijo luego que lo oyó, que Vd. haya sufrido en este caso un pesar tan profundo, pero tambien es cierto que su pena no debe pasar mas allá del hecho que la causa, imaginándose otro que no ha sucedido ni puede suceder nunca. Sienta Vd. la deshonra de su padre; pero no la propia. Si la sensibilidad y el honor dan el grado á los pesares, el talento y la ilustracion los reducen á los únicos hechos que son dignos en el mundo del dolor humano, y pueden alcanzar á herir un corazon fuerte y grande. Para Vd., Emilio, no hay infamia. Solamente el error mas indisculpable y la preocupacion mas grosera é insensatez podrian envolverlo en una deshonra en que la sociedad ilustrada y el hombre juicioso jamás pueden comprenderlo. Si alguna vez el criminal logra inspirar interés, si en algun caso viene á ser objeto de una compasion respetuosa y tierna, es solo cuando ese criminal tiene un hijo caballero. Hoy, Emilio, su padre nada puede enviarle, con nada puede contagiarlo; es solo Vd. quien envia y comunica á su padre, honor, grandeza y respeto, en tanta abundancia que el crimen mismo queda, por decirlo así, respetado en aquel hombre: aun mas, ese crimen pierde en él por Vd. solo, parte de su fealdad, quedando en la esfera de una flaqueza digna de compasion. Y cuando esto sucede, cuando Vd. goza tanto honor que alcanza á encubrir con él la infamia de su padre, ¿podria determinarse á empañar esa reputacion que el delito ajeno no puede disminuir, cometiendo Vd. otro delito y defendiendo en calidad de mísero leguleyo á un reo insigne como el Mordedor? ¿Ha podido extraviar tanto á Emilio su laudable amor filial, que lo haya hecho abatir hasta el extremo de honrar á Monterilla con una visita, y de sentarse en un banco junto á los criminales?

— Sí, doctor Témis, contestó Emilio: he resuelto salvar á mi padre, y trataré de salvarlo como pueda.

— Bien, Emilio, Vd. tiene razon; ¿pero los medios?

— Esos le tocan á Vd., contestó Emilio, pues yo no he podido hallar otros que los que estriban en salvar igualmente al Mordedor, para asegurar así el secreto; único recurso que libraré á mi padre del castigo y á mi de la deshonra.

— ¿Y de la deshonra que entonces recaerá sobre usted mismo, en cierto modo con justicia, le será dado escapar cuando el motivo que podria justificar su conducta tiene que permanecer oculto para siempre?

— Esa deshonra, replicó Emilio, es mucho menor que la que recaerá sobre mi padre y sobre mí, si descubren sus delitos.

— Sobre Vd. no, Emilio; permítame que se lo repita.

— En concepto suyo puede ser, dijo este; pero la sociedad entera no es tan justa, tal vez, que pueda en este caso echar una raya entre el padre y el hijo.

— Si Vd. llama la sociedad al vulgo necio y despreciable, entonces tiene razon; pero la sociedad, que lo es por excelencia el conjunto grande ó pequeño de los hombres ilustrados, justos y virtuosos, no solo sabe echar esa raya, sino que tambien, haciendo un contraste del padre malo y el hijo bueno, sabe compadecer al uno y admirar al otro.

— Con todo eso, añadió Emilio, yo debo salvar á mi padre, y pido para ello á Vd. que defienda al Mordedor.

— No, Emilio, contestó abiertamente el doctor Témis; yo no defiendo á ese delincuente.

— ¡Doctor Témis! exclamó Emilio: no sabe Vd. cómo sufren mi corazon y mi cabeza, que me da un golpe tan bárbaro... ¡Por Dios! no me mate Vd. y salve al Mordedor.

— ¡Imposible! Emilio; no me obligue Vd. á tener que repetirlo.

— No, no... no vuelva á repetirlo; en nombre de la amistad, salve siquiera á mi padre.

— ¡Tampoco! dijo el doctor Témis conmovido.

— ¿Con quién he hablado? Yo estoy loco... ¡Dios mio! ¿No defenderá Vd. ni aun á mi padre?

— Ni aun á su padre, contestó con entereza el doctor Témis.

— ¡Hombre duro é inexorable! exclamó Emilio con rabia. Mi sola esperanza... ¿Qué me resta ya?... Sí... dijo despues de un momento, ¡me abandona!...

— No, Emilio, interrumpió el doctor Témis: perdóneme usted.

— No puedo perdonarlo: yo solo perdono á mi padre; y el que no lo perdona como yo, es mi enemigo... es un malvado á quien maldeciré desde el sepulcro, y á quien mi padre maldecirá desde el patíbulo... ¡Ah, Dios mio, Dios mio! se rompió el velo de mi destino feroz... ¡Maldicion fatal!...

— Bien, interrumpió el doctor Témis, disponiéndose á salir para evitar las instancias de Emilio: su amistad quiere lanzarme en un camino terrible y acaso funesto aun para Vd. Su situacion me confunde; siento todo cuanto Vd. puede sentir, y lo único que me atrevo á prometerle, Emilio, es que si he de parecer indigno ciertamente de su amistad, no volveré á verme hasta que de algun modo me haga digno del perdon.

— ¡Me abandona! exclamó Emilio, viendo salir al doctor Témis: no quiere defender á mi padre... no volveré á verme... me deja... sí... el pronóstico de Monterilla está cumplido: Ahora mismo (continuó á tiempo que entraban la Cisne y Adelaida, ahora mismo siento en mi cabeza esa música á lo lejos y veo ahí á Monterilla pronosticando el abandono de Emilio... Todo quedará cumplido... ¡Qué va á ser de mí! No oiré mas esa música, blanda como el céfiro que agita las hojas del bosque, y que yo llamaba la vida de Emilio amante; los suspiros de Adelaida...

— ¡Emilio! dijo esta acercándose á la cama para volverlo de la enajenacion que lo invadia. Mas él prosiguió:

— Oid esa voz aguda que está diciendo ¡Emilio! pero no oigais ese bajo grave y serio que va contestando ¡AFRENTA! Es la música á lo lejos que escuchaba don Juan y solemnizaba... la pompa de mi entierro... Es una música horrible: mandad que cese del todo.

— ¡Emilio! dijo la Cisne poniéndole la mano en la frente.

— ¿Qué es? contestó sonriéndose.

— Que Vd. delira, dijo Adelaida llorosa.

— ¿Deliro? No: solo soñaba que el doctor Témis me habia abandonado.

— No, dijo Adelaida: eso seria imposible; y antes bien acaba de salir de aquí.

— ¡Adelaida! exclamó Emilio. ¿Es imposible de veras?

— Sí, Emilio: ni el doctor Témis ni yo lo abandonaremos nunca.

— Ni Adelaida, ni el doctor Témis. ¡Ah! me falta aun por sufrir la mitad de mi desgracia.

— Emilio, cálmese Vd., que me hace padecer...

— No, Adelaida, Emilio no esperará el abandono de usted. El destino encendió mientras yo soñaba, la negra tea del porvenir, que para tormento de raro mortal se enciende cada siglo. Todo lo he visto á favor de la claridad convulsa y fea de una luz estupenda... Entre el eco lejano de una música mortuoria y las sombras desnudas que se llaman mis recuerdos... en un pavimento ensangrentado, que era el camino del crimen, y bajo un cielo plomizo y frio que se llama la justicia. Monterilla me siguió como un profeta del infierno que me llevaba al abismo á anunciarme la maldicion y darme allí el retrato de mi padre.

— ¡Emilio! repetia Adelaida llorando. Mas él prosiguió:

— ¡Monterilla apagó dos piras cuyo humo negro empañaba el brillo del honor, y el rostro de una mujer!... ¡Ya están apagadas!... pero arden todavía en la ceniza de una carta que Emilio guardó para devolver á Adelaida...

— ¿Me ha aborrecido Vd.? preguntó Adelaida con candor.

— ¡Qué cabeza la mia! dijo Emilio, poniéndose la mano en la frente. ¡Qué corazon!... ¡No, Adelaida!

Mientras Emilio continuaba su delirio en mayor desorden, instruyendo con él á la Cisne de los pormenores de su desgracia, el doctor Témis llegó á su casa muy agitado, entró en su cuarto y se puso á pasear.

— ¡Infeliz Emilio! exclamaba, andando con la cabeza inclinada. Cuanto os dije para consolaros ha debido pareceros demasiado vago, porque siempre son vagos los consuelos de grandes pesares. Decir á la sensibilidad que no padezca, es decirle que muera: decir al corazon que sufra con valor, no es consolarlo. Emilio tiene razon; mucho debe padecer, pues padezco yo tambien... y lo he abandonado, porque él me proponia un delito. ¡Profesion fatal! No puedo salvar hoy á un inocente, á un amigo desgraciado: ¿Mi moral como abogado me hace inmoral como amigo? No: eso seria imposible. Sin embargo, me veo precisado á abandonar á Emilio en medio de sus trabajos. ¿De qué me sirven, pues, la ciencia y el talento si es que los tengo? ¿Cómo pude abrazar esta profesion si es que carezco de ellos? ¿Cómo tengo la audacia de conservar un título que no sé manejar? Defender la inocencia y perseguir el crimen fueron los juramentos que hice ante la ley; y antes de prestarlos debí aprender á cumplirlos. Ofrecí á Dios y prometí á la patria ser el apoyo de la justicia; y hoy la justicia no encuentra en mí nada: solo la sociedad ve un amigo vano, y mi conciencia un profesor ignorante. Allí están los criminales burlándose de la ley que los condena; aquí Emilio inocente deplora su deshonra: aquellos se rien impunes, este llora sin delito, y yo entre el uno y los otros no hago mas que abandonar al

inocente y perseguir en vano á los culpables. Este abandono es ya una perfidia que no puede justificar el desello de un pensamiento que creí iba á guiarme hasta una idea recóndita y difícil: nada, he llegado á mi casa y ese pensamiento se disipó en vez de revelarme algo. Si vuelvo donde Emilio, si me muestro arrepentido y emprendo la infame defensa del Mordedor, mi papel se cambia del todo y mis juramentos quedan doblemente violados del modo mas vulgar. Si no vuelvo, mi amistad queda reducida á una palabra sin sentido; mas todavía, mi amistad será pérdida. Sin embargo, yo debo seguir persiguiendo á esos criminales.

El doctor Témis continuó paseándose largo rato, absorto y mudo. Repentinamente se encendió, sus ojos brillaron y se elevó su cabeza. Sí, dijo, no puede ser de otro modo, y si fuere, ¿qué me importa un error? ¿qué tengo yo que ver con el hombre, cuando solo me interesan Dios y mi conciencia? Lo haré así... mas el secreto es preciso.

Dicho esto continuó paseándose en silencio casi todo el día, unas veces cabizbajo y triste, otras alegre y animado. Ya se paraba recordando mil y mil hechos y circunstancias, mil y mil palabras que habia oido, y aun algunas señas del imbécil Juan Cancio: ya se quedaba parado en el fondo del cuarto meditando sin ver ni oír cosa alguna. Por la noche, poseído de su resolucion, determinó ponerla en planta, y tomando un papel, escribió en él y lo guardó; mas su contenido no le permitió reposar en toda la noche.

Cuando Emilio se mejoró del acceso que presenciaron Adelaida y la Cisne, mandó que le llamasen á Santiago, quien vino poco despues, y recibió la noticia de que el doctor Témis no se encargaba de defender al Mordedor ni á don Adolfo, lo que esa noche debia poner en noticia de Monterilla, rogándole al mismo tiempo escogitase algun recurso que favoreciera principalmente á don Adolfo, y que impidiese de cualquier modo su aprehension. Santiago aceptó el encargo con esta adiccion, en la que solo consideraba un verdadero sacrificio, pues sentia mucha pena al tener que hacer súplicas á un hombre tan despreciable.

VII.

EL MENSAGERO.

Dejando esa noche á Emilio con don Juan, se encaminó Santiago donde Monterilla á la hora señalada. Por las calles que tuvo que andar fué llamando en su socorro toda la moderacion de que era capaz, para no ejecutar alguna locura en circunstancias tan delicadas, arrastrado por la indignacion de que estaba poseído contra Monterilla y sus compañeros: así fué que resolvió llenar su encargo con una paciencia prevenida de antemano, que ningun incidente deberia agotar.

Monterilla estaba, al parecer, solo en su cuarto cuando llegó Santiago; pero en realidad lo acompañaban Soliman y Oropimente, quienes al sentir que alguno se acercaba, se ocultaron en el aposento de los ataúdes.

Monterilla recibió á Santiago con mucha cortesía, brindándole asiento y haciéndole todos los acatamientos de que sabia usar segun le convenia; pero Santiago, sin quitarse el sombrero ni aceptar el asiento, procedió secamente á hablarle sobre los objetos que lo traian á semejante lugar.

— Emilio me envia, dijo, por un retrato que Vd. debe remitirle.

— ¿Y por qué no ha venido él mismo? replicó Monterilla. Sin embargo, en cierto modo lo celebro, pues me ha proporcionado por este medio el gusto de ver en casa á mi antiguo cliente.

— Emilio no pudo venir, señor Monterilla, continuó Santiago, porque está muriéndose á causa de los sufrimientos que le hace padecer su padre.

— Mucho lo siento, dijo Monterilla, porque estimo á ese jóven tanto como él no puede imaginarse.

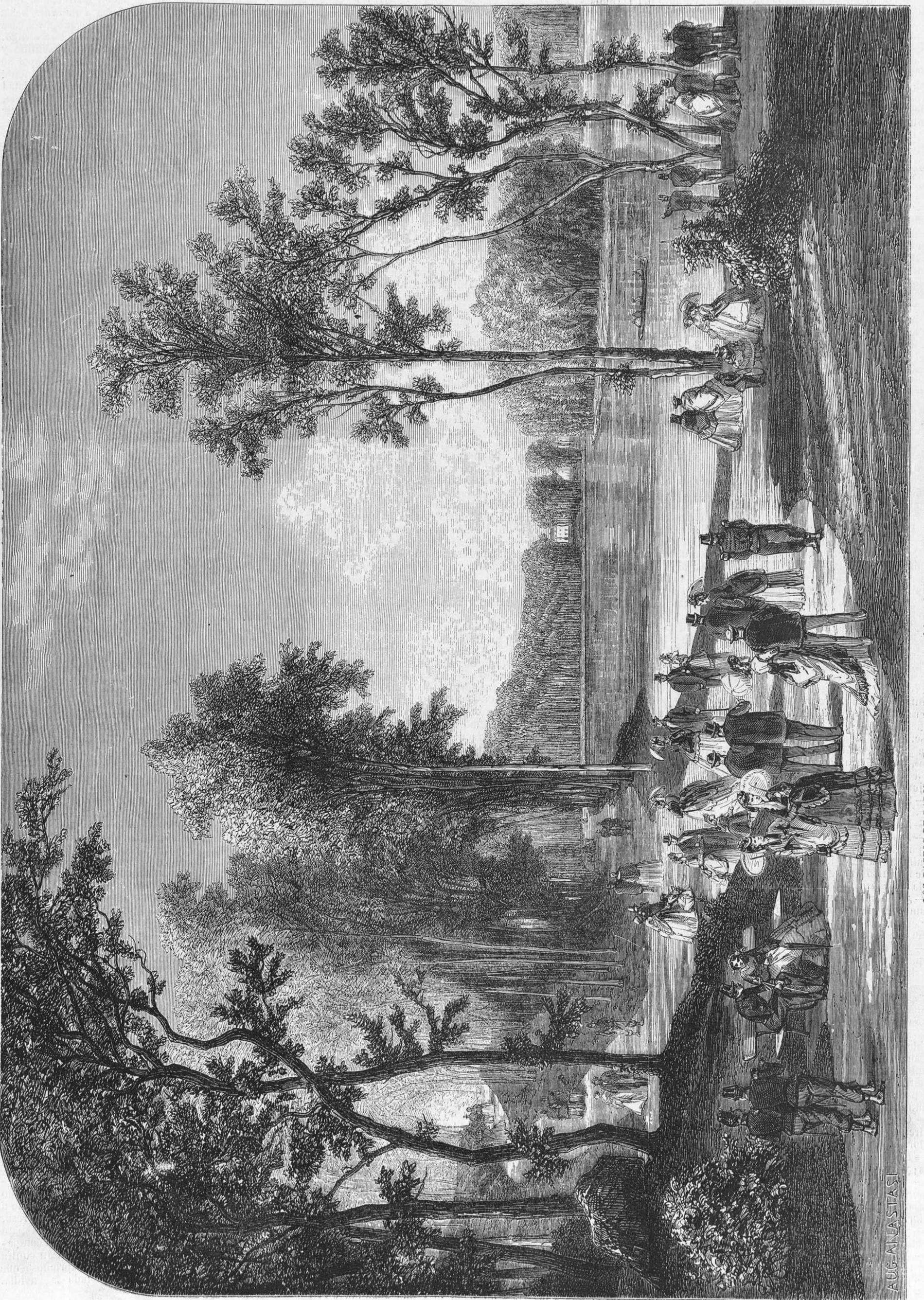
— ¡Gracias! dijo Santiago con una sonrisa irónica.

— Verdad, señor don Santiago; y si no ¿cuáles son las pruebas de lo contrario? ¿en qué cosa he perjudicado á ese señor? Su padre cometió una accion que en concepto de algunos es mal vista, criminal, espantosa si se quiere. ¿Tengo yo la culpa de eso? ¿Respondo por ventura de la conducta ajena? Se han puesto en noticia de ese jóven los hechos de su padre, porque este lo ha querido así, para que las persecuciones de la justicia calmen contra él algun tanto. Pues bien, he ayudado á ese padre criminal, llamando en auxilio suyo á su hijo humano, tierno y virtuoso. Entre tanto yo mismo, sin el menor interés, y antes bien exponiéndome á mil azares y sufriendo con paciencia el odio injusto del hijo, he ocultado al padre en mi propia casa y lo he defendido contra los que lo persiguen, que son... ¿Quiénes, señor don Santiago? Los amigos de Emilio; el doctor Témis, y Vd. mismo. Sí, señor, Vd. mismo es uno de los que ciegamente persiguen al padre de su amigo.

— No hablemos de esto, dijo Santiago.

— Sí, señor: es preciso que tenga la bondad de oírme, continuó Monterilla, pues basta que Vd. haya sido mi cliente para que yo tenga interés en justificarme á sus ojos. Bien pronto daré al público en un impreso, con la debida extension, estos mismos descargos para que los hombres de conciencia y de virtud se compadecan de las horribles calumnias que se lanzan contra mí, y revoquen el juicio preocupado y caprichoso que sin conocimiento de los hechos ha dictado la envidia.

(Se continuará.)



AUG. ANASTASI

LOS PASEOS DE PARIS. — Bosque de Vincennes: el lago de Saint-Mandé. (Véase la pág. 400.)

La velada en la aldea.

(CUENTO ALEMÁN.)

Mientras se ocupa el padre en picar su tabaco, la niña María le mira con ojo zalamero y suplicante, y le dice:

— Padre, cuéntanos algo. Ya sabes, como ayer noche, cuando Lisa se durmió escuchándote.

Y Lisa y Anita y María se acercan á la luz con sus tornos de hilar, en tanto que Santiago va á buscar un puñado de palos resinosos, los fósforos del país, los pone al pié de un gran candelero que termina en horquilla, y exclama:

— Yo me encargo del fuego.

En cuanto á Juanillo, se encarama en la gigantesca estufa, se extiende cuan largo es, y echando desde su observatorio una ojeada á todo el cuarto; piensa para sí:

— Desde aquí oiré perfectamente, y no incomodaré á nadie.

Y sobre esto el padre, despues de haber picado su tabaco y atestado su pipa, se inclina al tizon inflamado y se pone á fumar.

Luego aprieta el tabaco con sus dedos en el fondo de su pipa, y cierra otra vez la tapa.

— Vaya, pues os voy á contar un cuento, dice sentándose. Pero teneis que estaros quietos y callados, porque de otro modo no llegaré al fin... Y tú, bájate de ahí. ¿No has encontrado otro puesto para alargar tus piernas?... Ven aquí á escuchar la historia.

« Hay en cierto país un sitio por donde no han pasado nunca ni la hoz ni el arado: desde hace un siglo no se ven allí mas que plantas parásitas y zarzas que se cruzan: jamás allí canta un pájaro ni revolotea una mariposa. El sitio está habitado por sapos inmundos que circulan sobre un horrible cadáver.

En otro tiempo habia sido un hombre muy capaz, á lo que aseguran; pero parece ser que frecuentaba mucho las posadas, y que el sábado por la noche y el domingo preferia los naipes á la Biblia y á su libro de oraciones.

Juraba tanto que hacia temblar á las brujas en la chimenea, y no sé cómo tambien no se estremecian las estrellas del cielo.

Un dia que jugaba con sus compañeros en una posada, entró á mirarlos un hombre de mala catadura, y vestido con una casaca verde.



LA VELADA. — Padre, cuéntanos algo.



— ¡Es el as de oros! Es un mal presagio.

samientos, y habia tenido terribles y espantosos sueños.

Habia salido de la aldea, y llegada al camino real, se habia encontrado con un capuchino en oracion.

— ¿Quereis darme, le dijo, una imagen de santo? Voy á casarme, y la imagen quizás será un talisman contra la desgracia.

El monje meneó lentamente la cabeza, y sacando de debajo del hábito una porcion de imágenes, contestó diciendo:

— Escoged la que os guste.

Y lo que ella sacó fué un naipe viejo y grasiento.

— ¿No es el as de oros?

— Sí.

— Pues es un mal presagio, es un carbunco.

Y el anciano añadió:

— Puedes elegir otra.

Y así lo hizo.



— Maese Miguel, escuchadme.

Miguel perdía á mas y mejor los florines que poseia.

— No te escaparás, me pertenees, murmuró entre dientes el hombre de la casaca verde.

La posadera, que le habia oido, se imaginó que era un pretendiente, y que hablaba de una jóven con quien queria casarse.

Pero no era así, como vereis cuando sepaís á qué desgracias arrastró á Miguel despues que este se hubo casado y se hubo comido los pocos recursos que le quedaban.

Miguel habia pedido la mano de la hija de otro posadero que vivia en el camino real.

¡Pobre muchacha!

Le dió su corazón y su mano por amor; no por amor de él, sino á sus padres, que habian querido que se hiciera aquel casamiento.

Aquella misma noche de que os hablo, la jóven novia se habia dormido con tristes pen-



— Ahí está ya, tendido sin vida

— ¿No es el siete de espadas?
— Sí, respondió la jóven suspirando.
— ¡Que Dios te tenga en su misericordia! Eso significa siete años de cruz y de dolor. Toma otra carta. Quizás tendrás mas suerte.
Y la jóven eligió otra carta.
— ¿No es el caballo de copas?
— Sí, mirad, es el caballo de copas.
— ¡Que Dios se compadezca de tí! Es el sepulturero que con su azadon abrirá el hoyo y te dará sepultura.

Este era el sueño que no cesó de agitar á la pobre Catalina.

¡Oh, jóven! tenias el presentimiento de tu pérdida, y sin embargo, te entregaste á él.

— ¡Cómo ha de ser! se decia; despues de los siete años de cruz y de dolor vendrá, si Dios quiere, mi libertador, que me sepultará en la tierra.

Al principio no fueron muy desgraciados, aunque á veces Miguel jugaba y bebia, y juraba y perjuraba, y atormentaba á Catalina.

Sin embargo, cuando ella lloraba y hacia oracion, él solia arrepentirse y derramaba tambien algunas lágrimas.

Un dia dijo Miguel:

— Quiero hacer un arreglo contigo. No quiero volver á tocar los malditos naipes, y si los toco, que me lleve el diablo. Pero en cambio, quiero que me permitas ir á beber á la posada, no puedo remediarlo, y nada adelantará con tus gemidos y tus lloros.

No cumplió la primera de sus promesas, y se mantuvo muy fiel á la segunda.

Fué pues á la posada, y una vez al entrar vió al hombre de la casaca verde sentado á la mesa con otros dos, y ocupado en barajar.

Aquel hombre le llama y le dice:

— Haz una partida con nosotros, compañero. Acércate aquí.

— No, contestó Miguel. Margarita, un jarro de cerveza.

— ¿Con que no quieres? exclamó el de la casaca. Vamos, ven mientras bebes tu cerveza; no jugaremos dinero, es solo por matar el tiempo.

— Si no se juega nada, dijo para sí Miguel, es como si no se jugara.

Y fué á sentarse á aquella mesa.

Un niño de cabellera rizada llegó á pegar en los vidrios de la ventana.

— Maese Miguel, escuchadme, dos palabras no mas: os traigo un recado.

— Que se vaya el muchacho, ya sé lo que quiere... ¿Quién juega? ¿Qué es triunfo?... Gano, el as de oros...



— ¡Ah! sepulturero, ven á enterrarme.

Entonces dijo el hombre de la casaca verde:

— ¡Qué suerte tienes! ¿no quieres jugar algunos cuartos?

Miguel dijo para sí:

— Lo mismo da; el juego siempre es el juego.

Y accedió á ello.

— Venid pues, gritaba el niño pegando en los cristales; no tengo que deciros mas que dos palabras.

— Déjame en paz.

Y Miguel continuó ganando.

De los cuartos pasaron á los ducados.

Cuando llegó la hora de marcharse, dijo el hombre de la casaca verde:

— Miguel, no tengo dinero para pagarte hoy; guarda este anillo en prenda hasta que pueda pagarte. Posee virtudes misteriosas: mira cómo brilla, es un carbunco.

Y por tercera vez pegaron en los vidrios.

— ¡Oh! Miguel, venid, venid, que corre mucha prisa.
— Dejadle charlar, si no quiere marcharse, dijo el hombre de la casaca verde. Toma mi anillo, y cuando te falte dinero en tu casa ó en cualquiera parte, con él tendrás lo que necesites. Mientras le lleves al dedo, cada día cuando metas la mano en tu bolsillo, encontrarás un escudo de Baviera. Pero no te aconsejo que lo hagas el domingo ni ningun día festivo. Si alguna vez me necesitas, llámame por mi nombre que te diré: me llamo Vitzli Poutzli, y tengo el oído largo.

Entre tanto la pobre mujer, sentada y solitaria en su cuarto, llora y lee la Biblia.

Miguel llega enfurecido.

— ¡Siempre con tus lamentos! mira lo que he ganado, un carbunco maravilloso.

Catalina se quedó espantada.

— ¡Dios mío! exclamó, ¿qué veo? Es el fatal presagio.

Y cayó desmayada.

¿Por qué no te quedaste dormida para siempre? ¡Pobre mujer! ¡Cuántas y cuán amargas decepciones te habrias aborradado!

Desde aquel día se fueron aglomerando los pesares.

Miguel perdía el tiempo frecuentando las ferias y las posadas; de día y de noche estaba siempre con las cartas en la mano.

Entre tanto su hijo, abandonado á sí mismo, se hace á malas costumbres, sus bienes se disipan poco á poco, su mujer se consume en las lágrimas.

Cuando vuelve á su casa es para injuriarla.

De sus labios cargados de vino no salen mas que blasfemias: el desdichado maltrata á su esposa.

Un día le llama la justicia y otro le meten en un calabozo, de donde sale con peores disposiciones, en tanto que Vitzli Poutzli le inspira perversos designios.

Pasan siete años. Una vez Vitzli Poutzli le dice:

— Vamos á la posada que luego darás de palos á tu mujer para que expie tus percances. Escucha, tengo compasión de tí; siento verte tan desgraciado por causa de tu mujer. ¡Un hombre como tú que cada día puede gastar un escudo! Tienes suerte en el juego, de modo que contigo no miente el proverbio que dice: «Afortunado en el juego desgraciado en amores.» Te das mala vida, se te conoce, bebe un poco de aguardiente, que eso calmará el fuego que arde en tus venas.

En casa la mujer está sentada en un banco con las manos cruzadas y los ojos clavados en el cielo.

— ¡Siete años! ¡El siete de espadas! exclama sollozando.

— ¡Que el Señor ponga fin á mis tormentos! añade. Y toma un libro y se pone á orar. Sinistros presentimientos agitan su corazón.

Miguel entra empujando la puerta como un furioso.

— ¡Siempre llorando! Maldita serpiente. Dame la comida.

Catalina responde:

— Ya no hay lumbre.

— Dame la comida, repite, ó con este cuchillo te degüello.

— Cuanto antes mejor. Al cabo me has de matar: lo mismo da de un modo que de otro. ¿No has acabado ya con mi hijo?

— ¡Que el rayo del cielo te mate! dice, y se pone á dar golpes á Catalina que cae exánime.

— ¡Ah! exclama en voz baja, sepulturero, ven á enterrarme.

Miguel aterrado con su crimen, huye al través de los campos. El suelo tiembla bajo sus pies.

Vitzli Poutzli, exclama, ven á aconsejarme.

Y Poutzli aparece y le pregunta:

— ¿Qué tienes?

— Sácame de este apuro.

— ¿Qué has hecho?

— He dado muerte á mi esposa.

— ¿Y eso es todo? A la verdad estás tan espantado que parece que te ha sucedido alguna cosa horrible.

— ¿Qué hago?

— No puedes seguir en el país porque te prenderían. Ahí está el Rhin, ven, te acompañaré... aquí hay una lancha.

Y entran en la barca y pasan el río.

Al saltar á tierra se alejan rápidamente.

Ven una luz: es una posada.

— Entremos allí, dice el hombre verde. ¿Quién sabe si podrás disipar tus negras inquietudes?

En la posada están sentados á aquella hora tardía unos hombres entregados al juego.

— Oros son triunfos, yo gano... Son las once y media... ¿no viene el niño de los rubios cabellos, Miguel?

¡Oh! ¡qué mal juegas!...

Estas palabras que repite el hombre verde lanzándole una mirada penetrante, le hielan de terror.

Pronto dan las doce.

Cada vez juega peor. Cuando ha dado la hora mete la mano de la sortija encantada en el bolsillo.

— Cámbiame este otro escudo de Baviera.

— Esta moneda no vale nada, maese Miguel.

Su mano había sacado un pedazo de vidrio; arroja un grito y mira temblando á su compañero; pero Poutzli se bebe una copa de aguardiente y dice:

— Vámonos Miguel, que el posadero querrá acostarse. Mucho tendrá que hacer hoy porque vendrá mucha gente, es día de fiesta, san Luis, 25 de agosto. Sí, sí, da vueltas al anillo, no sale de tu dedo.

Las palabras *es día de fiesta* han resonado hasta en el fondo del corazón de Miguel.

Temblando se levanta y sale sin proferir una palabra.

Ya van los dos juntos por el camino.

El hombrecillo verde marcha delante y Miguel le sigue de cerca como un ternero que sigue al carnicero que va á degollarle.

A corta distancia de la posada Poutzli le detiene y le dice:

— Miguel, ya no hay mas estrellas en el cielo, no hay mas que nubes, una tempestad que amenaza. Ni un soplo de viento, ni una hoja se mueve, todo está silencioso y tú pareces un cadáver. ¿No tienes deseos de orar? ¿O acaso la vida te pesa y quieres suicidarte? Como gustes. Pero ten cuidado con la elección. Toma este cuebillo que compré en la última feria y atraviésate la garganta. Hazlo tú mismo y así no tendrás que dar propina á nadie.... »

El padre continuaba hablando y la madre con el pecho oprimido le dijo:

— ¿Cuándo acabas? Estás metiendo mucho miedo á las niñas con esos cuentos espantosos que al cabo y al fin no son mas que invenciones.

— He concluido, replicó el padre. Allí está ya tendido sin vida, con su carbunco, en la selva donde jamás cantan los pájaros.

Pero la niña María dijo:

— Yo no tengo miedo, mamá: ¿crees tú que no conozco yo claramente lo que papá quiere decir con su historia? Vitzli Poutzli es la tentación que arrastra siempre al mal al que no sabe orar, obedecer y trabajar, y el niño de los rubios cabellos, que le avisa, es la conciencia. ¡Oh! Yo conozco bien á papá y sé cuáles son sus pensamientos.

Traducido de J. P. HEBEL.

(Poesías alemanas.)

Literatura dramática.

EL AGENTE SECRETO,

COMEDIA EN DOS ACTOS, ESCRITA EN INGLÉS.

(Continuacion.)

NETCHEN.

— ¡Pues está bonito el complot contra el inocente chambelán! Quiero advertirle cuanto antes á fin de que esté alerta contra su amigo el primer ministro. (Váse. — Sale la duquesa.)

DUQUESA.

El coche está dispuesto, y ahora si ese baron traidor sale triunfante de su duelo con el conde Oscar, caerá inevitablemente en manos del conde Steinhausen que no le dejará escapar. ¿Cómo el baron ha podido obtener la influencia que ejerce sobre el duque?... Me extraña mucho. Pero aun me extraña mas que mi sobrina Ernestina se haya enamorado de ese papamoscas. ¡Caprichos femeninos! (Sale el conde Oscar sin su espada y con el brazo vendado.) ¡Ah! Conde Oscar, ¿estais herido?

OSCAR.

Sí, Alteza, herido por ese infernal agente secreto.

DUQUESA.

¿Le habeis visto pues?

OSCAR.

No es un hombre, yo creo que es un diablo... Nos hemos batido junto á la fuente, al pié de la estatua de Diana, en el parque. Me creia yo un buen tirador, pero pronto me desarmó, arrojando mi espada á la fuente, despues de haberme sujetado el puño, y allí podrá servir de juguete á los peces encarnados.

DUQUESA.

¿Y reconocisteis á vuestro adversario? ¿Le visteis el rostro?

OSCAR.

No, se empeñó en conservar la careta.

DUQUESA, aparte.

Otra prueba de que era el baron. Consolaos de vuestra derrota, mi querido conde. Os prometo que dentro de una hora el agente secreto estará en camino para el castillo de Spilsberg.

OSCAR.

Que lleve buen viaje... y que no vuelva pronto.

DUQUESA.

De eso me encargo yo; pero es preciso curar vuestra herida. Venid á mis aposentos y llamaremos al cirujano de cámara.

OSCAR.

Vuestra Alteza es muy bondadosa (Váse con el conde Oscar.)

ESCENA XI.

EL BARON STENBACH Y NETCHEN.

BARON.

Imposible. El primer ministro es capaz de todo, pero no se le ha podido ocurrir el acusarme ante la duquesa de ser el agente secreto del duque, cuando sabe muy bien que es él ese misterioso personaje. Le creo capaz de todo, excepto de una estratagemata tan infame.

NETCHEN.

No, no; os repito que el primer ministro ha dicho á la señora duquesa que érais el agente secreto; que la duquesa lo cree y que esta misma noche sereis enviado á Spilsberg para cambiar de aires.

BARON.

¡A Spilsberg! ¿Estais segura?

NETCHEN.

Tanto, que ahora mismo el primer ministro está en su gabinete llenando el blanco de un auto de prision que se entregará inmediatamente al capitán de guardias.

BARON.

¡Cielos! (Cae en un sillón.) ¿No hay mas que vilezas morales en este mundo? ¿Qué haré? La duquesa no querrá creer mis protestas. Si apelo al duque y le confieso todo lo que sé, no me perdonará que haya querido penetrar sus secretos. Por cualquiera parte adonde vuelva la vista, veo ruinas y desgracias. ¡Ah! tengo una idea: aun puedo prevenir al que me sacrifica. (A Netchen.) ¿Todavía no han dado la orden al capitán de guardias?

NETCHEN.

Todavía no; pero no tardará.

BARON.

El destino de un imperio cambia en cinco minutos. ¿Se necesitarian mas de cinco para cambiar la fortuna de un gran chambelán? Netchen, venga una pluma, tintero y papel.

NETCHEN.

Voy al punto.

BARON, acercando su sillón á la mesa.

Con un golpe maestro de diplomacia quiero enseñar el revés de la medalla á ese pérfido primer ministro que se ha atrevido á acusarme ante la duquesa de la traición de que es culpable él. ¡Ah! señor conde, puesto que yo soy el agente secreto del duque, enhorabuena, ya vereis qué buen uso hago de esa autoridad. Es un rasgo de osadía, pero no me queda otro recurso. (Netchen deja en la mesa el recado de escribir.)

NETCHEN.

Aquí está lo que ha pedido Vucencia.

BARON.

Nos veremos las caras, señor conde. (Escribiendo.) «Al señor capitán de guardias. Capitán: encargado de cuidar de la seguridad del Estado, os ordeno que prendais inmediatamente á la señora Leonora de Maracanzar, que se ha deslizado entre las damas de la duquesa en el baile de máscaras de esta noche. Su prision debe hacerse con el menor ruido posible. Llevareis á la señora á una carroza que os esperará en la verja del palacio y la trasladareis sin tardanza á la fortaleza de Spilsberg. (Firmado: el agente secreto de S. A. el duque. — P. D. (Debo agradecer al conde sus miramientos. La señora en cuestion es muy vigorosa y violenta, y convendrá tenerla algunos días á pan y agua. » (Dobla el papel, le mete en un sobre y escribe las señas.)

NETCHEN.

Veo que llega el conde.

BARON.

¡Cielos! Viene á hacerme prender. Me adelantaré. Netchen, llevad este papel al capitán Piffpaffenheim, y decidle que la persona á quien busca está aquí.

NETCHEN.

¿Aquí, Excelencia?

BARON.

Sí, aquí mismo, que venga.

NETCHEN.

Corro, Excelencia. (*Váse Netchen.*)

BARON, acercándose á una ventana.

Con efecto, el carruaje está en el patio y me espera para trasportarme á Spilsberg. Si sale bien mi plan, otro disfrutará de aquel retiro. (*Sale el conde con su disfraz de señora italiana, y con un papel en la mano.*)

CONDE, aparte

El baron está aquí, guardemos la orden de prision en mi bolsillo. Si encuentro al capitán se hará la cosa con toda la discrecion apetecible.

BARON, aparte.

¿Qué papel será ese que se ha guardado el conde? Un presentimiento me dice que era el auto para prenderme.

CONDE, aparte.

¿En dónde estará el capitán? Nunca se me presentará una ocasion tan magnífica como esta... voy á buscarle.

BARON.

¡Ah! conde. ¿sois vos?... ¿Qué tal os ha parecido el baile?

CONDE.

En mi vida me he divertido tanto. ¿Y vos, querido baron?

BARON.

Yo tambien. Jamás el demonio familiar de Fausto ha arrancado tantas caretas como yo esta noche.

CONDE.

¿Y qué habeis descubierto con vuestras investigaciones?

BARON.

He descubierto la vejez en donde creia hallar la juventud, la fealdad donde pensaba admirar la hermosura... y la falsía en donde buscaba la franqueza.

CONDE.

¡Ja, ja, ja! (*Aparte.*) ¿Tendrá alguna sospecha? (*Alto.*) Querido baron, ese es el mundo, tal como le ha hecho Dios, ó quizás el diablo. Todos tenemos en nuestro corazon un rinconcillo en donde no dejamos penetrar miradas curiosas.

BARON.

A veces los curiosos se llevan buenos chascos.

CONDE.

Pero hay amigos para quienes tenemos siempre abierto el corazon. (*Aparte.*) ¡Ah! si el capitán estuviera aquí. ¿Dónde puede estar? (*Sale el capitán con Netchen y cuatro soldados.*)

ESCENA XII.

LOS MISMOS, EL CAPITAN, NETCHEN, ETC.

NETCHEN, señalando con el dedo al conde y al baron.

Ahí está la señora.

CAPITAN.

Muy bien.

CONDE.

Hay amigos verdaderos.

BARON.

Como vos y yo, conde.

CAPITAN.

Señora Leonora de Maracanzar...

CONDE.

¡Ah! Capitan, sois la persona que...

CAPITAN.

Silencio, señora. (*Hace una señal á los soldados.*)

CONDE.

Pero capitan, dejad que os hable.

CAPITAN.

Silencio, señora.

CONDE.

Permitidme que os diga...

CAPITAN.

Silencio, marchemos. (*Los soldados arrastran al conde, y en la resistencia que les opone deja caer de su bolsillo la orden de prision, que el baron recoge con un ademán de triunfo.*)

BARON.

A Spilsberg. ¡Ja, ja, ja, pobre conde! Voy á verle desde el balcon. (*El baron se asoma.*)

NETCHEN.

Y yo voy á dar parte á Roberto para que lo traslade al duque. (*Váse y sale la duquesa.*)

ESCENA XIII.

LA DUQUESA y luego OSCAR.

DUQUESA.

No sé aun si el conde habrá logrado prender al baron. (*Se oye el ruido de una carroza.*) ¡Ah! Oigo un ruido de coche, se llevan al traidor y no volveré á ver su odioso semblante. (*A Oscar que sale.*) Felicitadme, mi querido conde Oscar, y felicitaos tambien, porque vuestro rival y mi enemigo está en camino para la fortaleza de Spilsberg.

OSCAR.

¡Mi rival! Quereis decir... (*Sale el baron.*)

BARON.

¡Victoria! Ya está en camino (*Se contiene viendo á la duquesa, que arroja un grito de asombro.*)

DUQUESA.

¿Cómo, baron! ¿Vos aquí?... Creia que... ¿En dónde está el conde Steinhausen...

BARON, friamente.

Hace un momento que le he visto subir con el capitán Piffpaffenheim en una carroza de vuestra casa que atravesaba rápidamente el patio.

DUQUESA.

¿Qué decís? Ha debido haber un error. El pobre conde ha sido preso por otro.

BARON.

¡Singular aventura! ¿Me atreveré á preguntar á Vuestra Alteza con quién le han equivoado?

DUQUESA.

Con uno que merece la horca.

BARON.

En ese caso no ha habido error.

DUQUESA, exaltándose.

Le han tomado por un miserable espía, por un traidor, por vos, baron Stanbach, ya que quereis saberlo.

BARON.

Vuestra Alteza me deja petrificado.

DUQUESA.

Por fin os conozco, baron, y me prometo no volver á tener ninguna relacion con el agente secreto del duque.

OSCAR.

¡Mi enmascarado adversario!

BARON.

¿Me permite V. A. que me defienda? (*Enseña la orden de prision.*) Esta orden para alojarme en el agradable retiro de una cárcel de Estado, firmada por el conde, demuestra suficientemente la amistad que me profesa. Pero mas traidor aun ha sido con Vuestra Alteza.

DUQUESA.

¡Conmigo! Explicaos.

CONDE.

Por mas que me cueste ser delator, debo declarar un hecho tan monstruoso. El conde Steinhausen es el agente secreto.

DUQUESA.

¡El conde! Imposible.

OSCAR.

¿Mi tio?... ¡Absurdo!

BARON.

Es la verdad. He descubierto su perfidia con una curiosa estratagema... A él mismo se la demostré, de modo que no ha podido negar.

OSCAR.

Pero el agente secreto se supone enamorado de la señorita Ernestina.

BARON.

Para colmo de horrores. ¡Un tio que ama á la prometida esposa de su sobrino.

DUQUESA.

¡Qué vergüenza!

OSCAR.

Y por eso sin duda se negó á quitarse la careta cuando cruzamos las espadas.

BARON.

Y por eso trataba de enterrar su secreto conmigo en los calabozos de Spilsberg. La duplicidad de ciertos hombres es espantosa. (*Sale el duque sin careta.*)

ESCENA XIV.

LOS MISMOS, EL DUQUE.

DUQUE.

No se ha imaginado nunca una estratagema mas atroz, un atentado mas audaz.

DUQUESA.

¿Qué sucede, hijo mio?

DUQUE.

Nuestro primer ministro ha sido preso aquí, en este palacio en virtud de una orden falsa atribuida á nuestro agente secreto.

BARON, aparte.

¿Cómo lo ha podido saber?

DUQUESA.

Atribuida á...

DUQUE.

A mi agente secreto.

DUQUESA.

¿Y quién os lo ha dicho?

DUQUE.

¿Quién ha de ser? Mi agente secreto.

DUQUESA.

Vuestro a... Entonces el conde Steinhausen no es... me pierdo...

BARON, aparte.

Lo sabe todo... Estoy perdido... Deben oír los latidos de mi corazon.

DUQUESA, aparte.

El error es cada vez mas inexplicable. ¿Con que el conde ha ido á un encierro?

DUQUE.

No, porque me dieron parte al instante. (*Aparte.*)



LOS PASEOS DE PARIS. — El square de las Artes y Oficios.

Gracias á la mujer de Roberto (*á la duquesa*), y despaché un correo para hacer que volviera el conde. Le estoy esperando. (*Va á mirar al terrado.*)

DUQUESA, al baron.

Baron, me habeis engañado.

BARON, á la duquesa.

He dicho á V. A. todo lo que creia saber, pero me encuentro perdido en un laberinto. Ese agente secreto nos trastorna á todos el juicio.

DUQUESA.

Esto ya es insufrible. Quiero á toda costa descifrar el enigma. (*Hace una señal al baron y al conde Oscar, que se retiran cuando el duque se acerca á la duquesa.*) Mi querido Victor, debo al fin deciros que desde la llegada de vuestro agente secreto esta córte, antes tan apacible, está hoy turbada con engaños y con complicaciones continuas. Antes de su llegada érais un hijo afectuoso y lleno de consideraciones con vuestra madre (*hace ademán de enjugarse una lágrima*); pero desde que obedecéis, quizás sin saberlo á su funesto influjo, no me queréis como me queriais.

DUQUE, con emocion.

Os juro que me juzgais mal, madre mia; os quiero siempre como el mas cariñoso de los hijos.

DUQUESA.

No soy mas que una débil mujer cuya salud se ha alterado con quince años de cuidados maternos (*Llora*), pues por vos, por vuestro porvenir he agotado mis fuerzas. Hoy es preferible para los dos que me retire, que ceda el puesto á vuestro agente secreto. Mañana, Victor, dejaré este palacio para ir á buscar el reposo en mi casa de campo.

DUQUE, conmovido.

No, madre mia, no lo permitiré... ¿No habria, querida madre, un medio de conciliarlo todo, de que todos nos pusiéramos de acuerdo por medio de un buen tratado?

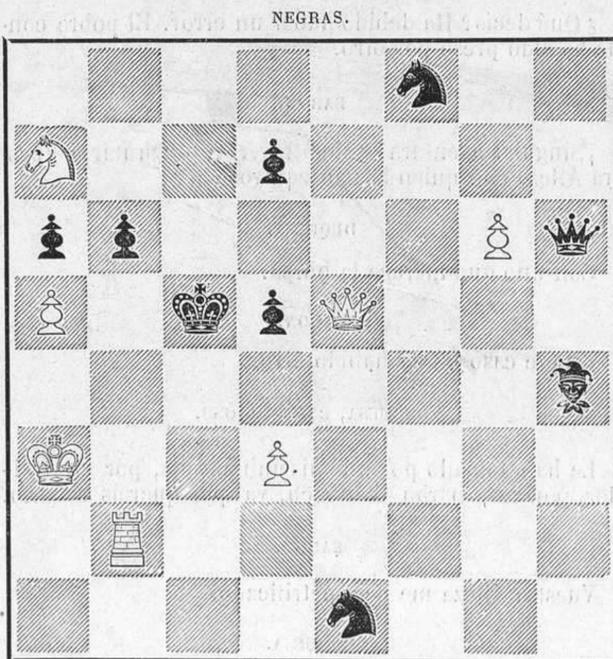
(*Se concluirá.*)

Problemas de ajedrez.

Solucion del número 313.

- | | | |
|---|---------------------|----------|
| 1 | C 8ª AR | P 6ª T |
| 2 | A 2ª CRª | P toma A |
| 3 | C 3ª Rª | P 8ª CRª |
| 4 | C 4ª AR jaque-mate. | |

PROBLEMA NÚMERO 314, POR M. ARMAND DEMASURE.



Las blancas dan jaque-mate en tres jugadas.

Los paseos de Paris.

El square de las Artes y Oficios. — El lago de Saint-Mandé en el bosque de Vincennes.

Si alguno de los antiguos habitantes de Paris hubiese vaticinado que un dia podriamos respirar el aire fresco á la sombra de grandes árboles y oír el canto de los pájaros al rumor de las fuentes en la calle Saint-Martin, se le habria tenido seguramente por un insensato. Sin embargo, el square de las Artes y Oficios realiza la supuesta profecía. Una balaustrada de piedra del Jura, con 20 candelabros y 28 jarrones de bronce, rodea el square, que se cierra con cuatro rejas de hierro forjado de un hermoso trabajo. Dos grandes fuentes por el estilo de las de Versalles, tienen por adorno las figuras de la Agricultura, de la Industria, del Comercio y de las Artes. MM. Oltin y Gumery han esculpido las figuras; MM. Eck, Durand y Thiébaud las han fundido, y los ornatos de bronce que aparecen en la Agricultura son de M. Liénard. Nada le falta pues, al square de las Artes y Oficios: tiene sombra, pájaros y flores.

Al Sur de Saint-Mandé existe una inmensa planicie, comprendida entre el antiguo camino de Lyon, las fortificaciones y el bosque de Vincennes, donde no se encuentran mas que algunas construcciones de escasa importancia. Casi toda esta planicie formaba parte de la inmensa propiedad de Bercy, que la villa de Paris vendió hace pocos años. En la porcion que no se sacó á subasta se ha hecho un espacioso lago de 20 hectáreas. Todo al rededor hay anchas avenidas que establecen comunicaciones entre las cortaduras de la línea de las fortificaciones que forman las actuales barreras de la capital y los principales puntos de vista del bosque de Vincennes: Gravelle, el Asilo Imperial, Joinville, Saint-Mandé y el antiguo torreón de severo perfil que domina todo el paisaje. Estas avenidas se componen de calzadas para los carruajes y grandes aceras para la gente, y tienen hermosos céspedes sembrados de grupos de árboles, detrás de los cuales se alinean bonitas casas, cerradas con verjas de un modelo uniforme. P. P.